
MAR INMERSO
PAUL REMY



Vivencias de un cazador submarino de costas del Perú que de aficionado no ha pasado. Algunas divertidas, otras curiosas, unas cuantas reflexivas, por allí un par insólitas y cuando menos una dramática. Todas esquivas y huidizas a la memoria, pero pacientemente rescatadas con redes y garfios de un remolino de recuerdos para dejarlas varadas en la orilla de la conciencia.

Mar Inmerso

Autor - Editor: © Paul Remy

Las Redes 320, La Molina
Lima, Perú
993481036
pr@paulremy.com

Cuidado de edición: Juan Carlos Müstiga Benites

Dirección creativa y diseño editorial: Blanco

Fotografía portada: Paul Remy Oyague

Fotografías: Paul Remy Oyague y cortesía de Mario
Luis Corvetto López y de Alfonso Chávez Muro

Isbn – 978-612-00-7631-6
MAR INMERSO © 2022 Segunda edición: Junio 2024

Impreso en Lima
por Gráfica Biblos SA
Morococha 152, Surquillo. Lima, Perú

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú No. 2022 – 03298

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso del autor y del editor.

Paul Remy

Mar Inmerso

Inmenso mar inmerso
en los abisales de mi ser
su infinito peso flota
liviano y sosegado
como un madero en la playa
como un ancla al viento
como una vida en el tiempo.

A mi Ángel de la Guarda,
que mucho le debo y poco le rezo.

A mi guapa del café
por su dulce compañía
y tenerme siempre fe.

Índice

Prólogo	16
Pinteros de oscuridad	22
Bienvenida	32
Quilca	42
El arantino	52
Guardián de Hornillos	60
Huarmey	66
Panadero	72
Jinetes de arenas	78
Viento y corriente	84
Náufragos	88
San Fernando	92
Embistes, vuelcos y sustos	102
Barquero de La Viuda	114
Pináculo	120
Mecánicas nocturnas	130
Física subacuática	134
Fisiología subacuática	140
Párroco de Cancas	150
Anatomía de una ballena	160
Antártica	178

Prólogo

Conocí a Paul hace ya un buen tiempo, en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica. Mientras estudiábamos en Letras, a pesar de que seguiríamos la misma carrera, nuestros intereses o cavilaciones propias de la temprana edad iban por diferentes caminos, pero ya en las aulas de la Facultad descubrimos una natural afinidad por el mar y nuestra relación de aventura con él. - Tengo una casita en Bujama -me dijo. - Yo practico caza submarina -le respondí, casi como quien confiesa un crimen, para luego agregar: - Al frente de tu casa hay unas islas.

De aquel entonces la verdad que no recuerdo más diálogos o palabras -quizás no las necesitamos en aquel momento, éramos jóvenes y prácticos- pero siempre me viene a la memoria que fue Paul quien armó la expedición para navegar en un bote de palo a las islas de las cuales le había hablado.



Dormiríamos en carpas ratoneras frente a su casa, porque supimos que no había espacio en la casa para tantos galifardos, para luego embarcarnos apenas amaneciera. No voy a hablar, a escribir mejor dicho, ahora de la pesca de aquel momento, no viene al caso porque este no es un libro de pesca ni de caza submarina. Este es un libro reflexivo, que ha reposado años para materializarse en palabras en el umbral del ocaso de la existencia del narrador (no del autor, a quien deseamos larga vida) y que explora en el alma de sus compañeros acerca del espíritu de las aventuras que comparten, de aquellas que nos hace soñar con héroes imaginarios o reales, y que constituyen un soporte vital para ir siempre en busca de lo desconocido, del conocimiento y del bienestar que sentimos de acometer los planes con valor y, sobre todo, con humor cuando contemplamos también la posibilidad del fracaso o de cómo puede afectarnos lo imprevisto.

Esa es una disyuntiva presente en todas las anécdotas que componen este mosaico narrativo convertido en libro, el éxito o el fracaso; la vida y, como un labio de la misma herida, la muerte también. Esa es la cuerda sobre

la cual hace equilibrio el narrador y ese es el encanto pendular e hipnótico de su narración, como la vida misma, sin una meta concreta o un marcado destino, sino como un derrotero que vamos delineando nosotros mismos con nuestras capacidades o nuestra impericia, con nuestra obsesiva planificación o nuestro puro y salvaje espíritu de aventura, siempre más visceral que racional.

No es casual por lo tanto su sintética pero densa semblanza de los primigenios expedicionarios y descubridores de la Antártida: Amundsen y Scott. No son tampoco casuales ni impostadas las observaciones científicas acerca de la densidad del agua, las temperaturas y las refracciones. Caen por sí solas como parte de una bitácora a mano de un explorador, de un observador nato y, me atrevo a decirlo, de un científico frustrado con el mérito de no haber perdido la curiosidad. Es así que de esta forma leemos naturalmente sobre Arquímides y reflexionamos sobre la fragilidad humana en la experiencia del barquero de La Viuda y ahí estamos expectantes y algo angustiados todos en medio de la niebla navegando hacia la isla misteriosa, con Tanatos omnipresente,



pero disfrutando de la vida que ha sabido capturar verbalmente Paul con talento y maestría en una leve prosa que ha de perdurar en el corazón de los lectores y, sobre todo, en aquellos con quienes comparte las anécdotas, las aventuras, la sana y fraterna amistad que celebra con sus camaradas de viajes, de pesca, de solaz en tierra, también.

Sus personajes de comparsa han sido muy bien elegidos, como para acentuar esa nebulosa de misterio entre realidad y ficción. Son y no son. Son nombres propios o sobrenombres, pero convertidos en signos en la escritura, un velo protector los cubre generosamente y los envuelve en diálogos verosímiles (o absolutamente inverosímiles) entre la roca y el mar, entre la cordillera y la masa de agua del océano. Y en este punto quiero referirme al hecho de que Paul ha estado presente en la Antártida, muy cercano emocionalmente de sus héroes exploradores, y ha sido el gélido mar de Matarani en Arequipa, tal vez, el que posiblemente despertó aquel potente recuerdo, y su espíritu de aventura por las expediciones aquí narradas -estoy seguro- ha sido el mismo. Un amor grande y generoso por su familia y sus amigos, lo ha llevado



a escribir acerca de este sentimiento con honestidad y con una pasión que estoy convencido nos deparará futuras entregas de igual intensidad.

Quiero destacar también dos virtudes que exceden a lo literario. La honestidad en la elección y narración de los tópicos y anécdotas y la generosidad y el privilegio de contar Paul con un hermano del mar, como es Alfonso Chávez, a quien invita a compartir un relato dramático y profundo, narrado con arte, sobre una experiencia límite en el mar con una ballena jorobada.

Prefiero no adelantar mi punto de vista acerca de esta historia, pero les puedo decir que, en un momento de la lectura, sin exagerar, llegué a sentir que las palabras y reflexiones de Alfonso tocaban una fibra secreta, un vaso comunicante con la narrativa apasionada de Melville, y que, además, su historia se fundía natural con las libretas de explorador de Paul.

Para ambos y para quienes vivieron estas aventuras, buenos mares, mucha suerte y ávidos y mejores lectores.

Juan Carlos Mústiga Benites — Lima, marzo 2022.

Pinteros de oscuridad

La noche se presenta como boca de lobo en una pequeña caleta entre los casi cien kilómetros que separan Quilca de Matarani. La chalana que pilotea Estrada avanza lenta y silenciosa con el impulso del motor que apagó hace un momento. Pareciera que estamos por iniciar un desembarco anfibio al amparo de la oscuridad para no ser detectados por el enemigo, pero en realidad venimos por otros de los que tampoco queremos ser descubiertos.

Voz baja. Shhhh...! Nada de ruido. Aquí está bien, acordamos. Deslizamos el ancla con cuidado hasta que toque fondo. No es necesario asegurarla pues es una caleta abrigada. Me descuelgo con cuidado por la borda para entrar al agua y aleteo sin apuro hacia la playa mientras me adapto a las frías aguas del sur. Observo con la mirada mitad dentro y la mitad fuera del agua el contorno del acantilado. La costa: la frontera de mar y tierra. Da la impresión que la



cordillera, confiada de su masa y altura se arrimara hacia el agua un tanto despectiva de ese elemento líquido, plano y aburrido que se proyecta hacia el infinito horizonte, sin carácter propio pues a toda forma se adapta y por cualquier grieta se cuela. Variable en su apariencia pues al poco de calor se evapora y al poco de frío se congela. En un universo en que el rango de frío y calor máximos es de millones de grados, verla en presentación líquida es solo posible en una micro ranura entre uno y 99 grados. Excepción o milagro.

Saco de mi cabeza esta imaginaria digresión telúrica y me concentro.
En plena oscuridad, avanzo forrado de micro estrellas, a modo de capa protectora, una dócil coraza de luz. La fosforescencia del *plankton* es tan intensa que al mínimo movimiento quedo envuelto en un aura lumínica verdosa. Muevo los dedos y miles de puntos de brillante escarcha aparecen y desaparecen. Me siento un ser sagrado. Enciendo mi linterna estanca y espanto el aura. La rígida e invasora luz artificial desaparece el espectáculo, que es como una galaxia personal diminuta. Apago la linterna y, casi místico, retorna mi fuego fatuo. La prendo nuevamente y desaparece. Pasa un calamar y se queda estático frente a mí. Casi transparente, puedo ver a través suyo. Brilla como yo, también. Este es de otro planeta, nos decimos el uno al otro. Y tal vez así sea. No he venido por él. Lo dejo ir. También él a mi.

Debo situarme al lado izquierdo de la caleta para ordenarme y no andar errático duplicando zonas e ignorando otras. En los pocos minutos que me toma llegar allí regresan las digresiones cordilleranas, esta vez no como pensamiento mío sino como su propia bronca voz. Sigue en lo mismo, quejándose de esta forma líquida a la que inocente ofreció donde apoyarse y lo que tomó como caricias fue en realidad asolapada escofina que lo perfiló en cantil cortado a plomo. Lo dejó cual brusco escalón desbastado por un tosco peón.

Al distinguir la orilla cerca, en un instante desaparecen de mi cabeza pensamientos, voces, distracciones y extravíos y regreso a lo mío. Como lobo

marino oteo fuera del agua para ubicarme y compruebo que estoy al lado del acantilado. La caletita no tiene más de veinte metros de ancho y se escucha la trapisonda como un murmullo. Agua absolutamente calma. No es necesario estar atento de olas ni de barridos de arena. Ilumino el roquerío: pared oscura y agrietada que se recorta contra las estrellas. El agua limpia y cristalina me suspende ingrávido, al tiempo que diviso el fondo a poca de profundidad. Arena plana, con pequeños rizos.

Mi respiración suena rítmica y amplificada por el tubo respirador, el *snorkel*, con el usual y constante sonido de fondo rocoso cercano; algo así como la caída de cientos de canicas de vidrio sobre una mesa de acero (cric... cric... cric... cric...) y otros como ronquidos de rápida intermitencia (grun... grun... grun...grun...). Creo que es el mejor símil fonético de lo que mi oído capta bajo el agua.

El haz de luz ensanchado por la refracción en el agua empieza a revelar surcos de arena gruesa y un fondo de conchuela. Voy bien: son los llamados "camellones". Esta agua fría, lejos de puertos, sumada a la comedura que vimos a mediodía (y que trajo una pajarada que nos regaló una copiosa lluvia de guano del día), es la que le gusta al lenguado. Es él por quien vengo. Pez voraz, desalmado cazador diurno, duerme de noche apacible e indiferente a su entorno. Así sea mi amenazante silueta negra la que sigilosa se le aproxima con intención siniestra.

¡Lo detecto! Mimetizado totalmente entre la conchuela y la arena, lo delatan sus ojos, una porción de la boca: señales con las cuales puedo intuir más que ver su cuerpo entero. Casi como el recuerdo cinematográfico del Depredador, la bestia alienígena que andaba por los árboles en modo transparente, pero que observado con atención era posible distinguirlo.

Tres inspiraciones lentas y profundas antes de sumergirme y me acerco en silencio por detrás alumbrando su periferia. Sujeto con firmeza

la fija, que no es más que una gran punzón, y con un decidido derechazo lo perforo justo detrás de la cabeza, sintiendo la afilada punta traspasar en inmediata pero nítida sucesión escama, carne, cartílago, hueso, cartílago, carne, escama y arena. ¡Cruunc...! Mi izquierda suelta rápidamente la linterna para asir la punta del acero para que el pez no escape y empieza el zarandeo. Forcejeos, zamacones, espasmos, giros, hincones de espinas dorsales en muslos y brazos, nubes de arena, bocota dientuda mordisqueando desesperada, microestrellitas de fosforescencia titilando y, como película futurista de alta velocidad editada por un cineasta sicópata, la linterna girando fuera de sí, casi como los indefensos reflectores ingleses en tierra buscando a los bombardeos nocturnos alemanes, lanzando destellos estroboscópicos que por momentos impactan directamente a mis ojos y me dejan un punto oscuro y permanente en mi campo visual.

Llego a la superficie. Me aseguro de sujetar bien al animal. Siete kilos por lo menos, pienso satisfecho. Sigue retorciéndose, pero con más pausas. Se va agotando y abandonando. Pasará de vivo a muerto en breve. En plena faena de terminarlo, se me va la mente en la insólita reflexión que la muerte es el tránsito preciso de un estado a otro. De el Tiempo a la Eternidad, como anunciaba San Agustín. Bien dicen que no te preocupes si piensas en ella, puesto que si lo haces es señal de que estás vivo. Ya que cuando mueras, no podrás pensar en ella. Ni en nada.

Aparto estos pensamientos y recupero mi respiración luego de la pelea. No es una apnea exigente por profundidad o duración pero el esfuerzo se paga con CO_2. Atraigo la boya hacia mí y ensarto al lenguado con la traba de acero y driza, pasándolo por los cachetes en los que hay un triángulo de huesos que evitará se suelte. Finalmente, lo sujeto bien por las agallas y le clavo la filosa punta en la línea del espinazo para dejarlo seco. Por fin quieto del todo. Te tocó ahora. Ya me tocará a mí. En esta vida, o en la siguiente, si no salgo de esta.

Como este ejemplar, capturé esa noche tres lenguadazos más que estaban bien dormidos uno a lado del otro y mientras los despachaba sus vecinos ni se inmutaban. Cuando terminaba con el segundo, escuché voces.

- ¡Ajá, pinteros! -me dije. - Pescadores de cordel tirándole a la chita o al lenguado con rastra. Raro que se vengan hasta aquí desde tan lejos. Deben haber hecho campamento cerca. No les debe hacer mucha gracia que esté buceando en su pozo. Ahorita me tiran piedras, o me engancho con su anzuelo, o quizás hayan puesto un tramayo y un enredo puede acabar mal. Los escucho con nitidez. Conversan entre ellos, se ríen y a veces suben la voz, aderezado con la usual parla de peña.

- ¡Oye pues, anda huevón, chesu, jala jala, puta madre, no pues carajo, pasa pasa, jáaajaaja, salao eres!

También ladra un perrito chillón. Uno bosteza, se contagia el otro. Se escucha un estornudo y no le dicen salud sino ya te jodiste. Uno se tira un chancho y lo celebra su compañero. Parece que fueran tres.

Me acerco a la pared rocosa y la ilumino para ubicarlos. Nada. Y eso que los escucho cerca. Mando un fuerte hola y no contestan. Repito y tampoco. Siguen en su conversación y sus risas. El pintero cuando gana, gana poco, pero siempre anda sonriente. Y cuando te habla siempre lo hace mirando el mar por encima de tu hombro, atento a si las condiciones del mar son favorables para la pesca. Apago mi linterna y busco el punto rojo de un cigarrillo encendido o la tenue luz del infaltable mechero. Tampoco la luz de las estrellas permite ver algo de ropa clara o el canastón o lo que sea que me indique su presencia.

Entre lenguado y lenguado me mantuve alerta de los pinteros. Más allá de los mencionados anzuelos y tramayos no había motivo para preocuparse. Tampoco me gritaban que me fuera a otro lugar, pero un ver siempre es

bueno. Luego de un poco más de una hora en el agua, con un frío que hacía doler los dientes, y un par de tibias y reconfortantes meadas dentro del traje (¡lo tomaré en cuenta cuando llegue a la edad de la incontinencia!) ubiqué el bote de Estrada. Llegué a él y lo desperté; levantó mi carga y con un jalón de brazos trepé a bordo.

El Flaco había estado muy cerca, en la caleta contigua, y no tuvo suerte. Vio mi carga y propuso movernos a la siguiente playa. Aunque yo estaba pelado de frío y solo quería regresar al campamento a secarme, comer caliente y tumbarme en la carpa, asentí respetuoso del código no escrito de dar una oportunidad al pescador sin fortuna. Además, él me la había concedido infinidad de veces.

Por suerte en la siguiente caleta, en veinte minutos el Flaco ya tenía sus tres lenguadotes. Entonces enfilamos al campamento. No recuerdo si esa vez habíamos elegido la caleta de Arantas, la de Honoratos, La Guata, San José o Uncupita, nombres que de solo rememorarlos me traen tan gratas memorias. Escudriñando el perfil de los cerros contra el cielo estrellado de la negra noche, dimos con nuestro sitio. Muchos mapas antiguos eran así: simples perfiles de elevaciones sobre el terreno que permitían identificar los puntos geográficos. Tiempos de sextantes, compases, astrolabios, mapas, cartas, barcos de madera y hombres de hierro.

A medio recorrido, hablamos de la jornada. En eso, recordé a los pinteros, las voces, las risas, el ladrido del perrito y se lo comenté a Estrada. Me preguntó un par de veces si de verdad lo había escuchado.

- ¡Claro! -le dije. - Estaban allí nomás, se escuchaban ahí cerquita. Como a diez metros. Raro venirse de tan lejos a pintear, ¿no?

No le veía la cara a Estrada pero escuché una ligera risa. - Allá nadie viene -murmuró. - Lo que pasa es que allí penan.

- ¿Cómo que penan?, ¿van los muertos allí?, ¿son ánimas, espíritus? -repregunté alterado.

- No sé -contestó. - Son los gentiles, seguro. No hacen daño. Nomás te bromean, te tiran piedritas, te esconden la ropa, se llevan tu coca, te mojan los fósforos. O sino te silban, se ríen, te enredan el cordel, te tocan la espalda. Fastidian nomás. No hay que tenerles miedo. Les saludas tranquilo y se van.

- ¿Y no les da miedo? Igual son fantasmas. ¡Almas en pena, Estradita! Esos vienen a llevarte. ¡De haber sabido me trepaba al bote y no me bajaba por nada!

- ¡Já! No te iba a contar para que no vayas sicoseado. Si te decía antes, ibas a estar asustado. No hacen nada. De lo que te dije, más no hacen. Hay sí unos más jodidos que te meten ideas en la cabeza, como que tu mujer te está cuerneando con tu compadre, aprovechando que te vas de pesca.

- Son malos entonces -aclaré-. - No es que no hagan nada.

- Sí pues, -señaló Estrada. - Eso acaba feo pues el pescador llega mal al puerto. No dice nada, se mete una tranca y después se le vienen los diablos y se pone a buscar a su mujer y al compadre con un cuchillo de cocina para matarlos. De eso soy testigo, no me lo han contado. Esos son los gentiles burlones, pues. No hay que hacerles caso.

Recostado en mi bolsa de dormir con la vista en el cielo, seco, abrigado y después de un reconfortante sudado, me quedé buen rato recordando la conversación de Estrada hasta que entré en un estado de vigilia cercano al inconsciente y vi pescadores y hombres de mar que en la penumbra eran humanos, pero cuando les daba directo la luz de la luna eran muertos con vida, espectros momificados con esqueletos expuestos cubiertos con andrajosos pellejos secos. Había incluso un perrito del otro mundo, un

cadáver vivo de perro. Cuando muchos años después vi la saga de cine del Capitán Jack Sparrow al mando del Perla Negra con Johnny Depp, me dije: - ¡Eso lo he visto antes!

Hoy repito lo que decía mi abuela: - No creo en fantasmas. Pero de que existen... ¡existen!

Bienvenida

Disculpen el retraso en dársela, pero si empezaba con ella me tinca que no los iba a enganchar, hipotéticos lectores. Bien, ahora les cuento que de relatos como el de líneas arriba se compone este libro. Son historias vividas en mis expediciones de pesca submarina, con las cuales no pretendo dictar moralejas o dar mensajes al mundo. Voy a contarlas como las viví y cómo las siento hoy al recordarlas muchos años después, con el solo ánimo liviano y sosegado de saborearlas a través de la escritura y tal vez compartirlas con quien las busque y las lea, pues ellas no irán a vuestro encuentro, pero sabrán esperar pacientes a los lectores.

Cuando me refiero a expediciones de pesca no aludo a las salidas cercanas a Lima, de aquellas con destino a Pucusana, o a las islas de Ancón o Asia.



O a las incontables que hice en Barrancadero, en el cual disfruté muchísimos veranos, y donde aleteando desde la playa por quince minutos se llega a un fondo rocoso entre dos islotes donde he disparado harta flecha a chitas, cabrillas, loros e incluso corvinas, mientras mi guapa Susana me veía desde el balcón de la casa con un café en la mano, esperando que traiga algo para el frito o el cebiche. Aunque muchas veces regresé con la traba portapeces vacía, lo hice siempre con una sonrisa de bienestar y esa agradable narcosis post apnea. Pero aún con punche para un partido con mis "frontosaurios".

La pesca submarina a nivel de expedición es otra cosa. Son viajes a lugares geográficos distantes de la capital: Tumbes, Piura, Ancash, Arequipa, Moquegua y exigen, además, una logística compleja que yo no disponía hasta que me agregué a la dupla de Chaveta y el Flaco, que venían de larga trayectoria en el mundo de la pesca a pulmón. Ellos son tío y sobrino, respectivamente, y aunque los apodos suenan peligrosos, ambos son realmente de primera en lo personal, lo humano y lo profesional.

Para aventuras de pesca, ni qué decirlo: entusiastas para las expediciones, conocedores de los sitios, incansables en las jornadas de carretera, bote y buceo, meticulosos con sus equipos, renuentes a dispararle a un pez que no valga la pena o que no sea un tiro seguro, dispuestos a compartir técnicas, generosos en el reparto de la captura, atentos a los riesgos y con harta experiencia y aguante bajo el agua.

Debo agregar comprensivos con quienes en los largos recorridos por el solitario desierto pedían parada técnica para hacer pis, donde más de uno exhibía la inveterada necesidad de hacerlo "en algo". Por ejemplo, una llanta.

Gracias a ellos, mi alcance de pesca creció exponencialmente: tenían una embarcación *zodiac*, remolque y camioneta, que son juguetes caros. Todo eso con un sentido del humor que zumbaba en el ambiente como abejas buscando la ocasión para picar una broma y permanente acompañamiento afro latino caribeño americano con Joe Arroyo, Ray Barreto, Rubén Blades, Maelo Rivera, Willie Colón, Paquito de Rivera, Héctor Lavoe, Celia Cruz,



Cheo Feliciano, La Sonora Matancera, Cachao López, Justo Almario, Mongo Santamaría, Tito Puente, Poncho Sánchez, Fania All Stars, Eddie Palmeri y otros de esa formidable constelación. Este libro tiene de mucho de agradecimiento y homenaje a ambos y varias de las anécdotas las viví con ellos.

Escuché alguna vez que la memoria es un recuerdo adherido a una emoción. Relean por favor esa frase: "... un recuerdo adherido a una emoción" y díganme si advierten su profundidad. No sé si es científicamente válida, pero me suena plena. La emoción es el pegamento del recuerdo. Lo fija y retiene. Sin emoción, el recuerdo se desvanece y no queda registrado en la memoria. De allí que recordamos casi fotográficamente nuestros momentos intensos, sean buenos o malos. Las grandes excursiones de pesca tienen de eso: se va a la aventura y desde los preparativos se te enciende la filmadora mental.

Ahora bien, soy consciente que los vacíos de la memoria se suplen con la imaginación y cuando se describen recuerdos lejanos la frontera entre realidad y ficción se hace difusa. Resuelvo el dilema con una explícita advertencia: lo más probable es que aquello que relato y parece realidad sea ficción y aquello que parece ficción sea realidad. Dependerá de lo que parezca. Punto.

En mi esfuerzo de rememorar mis vivencias y plasmarlas en este libro he tenido la buena fortuna de ser llevado -y por momentos, atenazado- de la poderosa mano de Juan Carlos Mústiga, mi querido compañero de universidad, que como pocos combina maestría de arpón y pluma. Cazador submarino de alto nivel y escritor profesional, me guió con firme convicción por los laberintos de recuerdos y visualizaciones, para darle a este libro un sentido que fue más allá de mis iniciales pretensiones. Realmente he disfrutado nuestro reencuentro en una dimensión que ni por asomo imaginé luego de muchísimos años que nos perdimos la pista.

Aparte de mi profundo agradecimiento a él, como ya lo hice a Chaveta y al Flaco, debo hacerlo con Alfonso Chávez, quien me ha dado el honor de permitir que este libro acoja una extraordinaria experiencia de mar vivida y contada por él mismo, donde en una trepidante narración saca a la superficie profundas reflexiones existenciales. Quien fuera mi alumno en la universidad y atendía mis lecciones con expresión de interés, pero con la mente totalmente abstraída en fondos marinos donde merodean los grandes animales, resultó además un excelente escritor. ¡Quién lo diría!

Quien también me llevó a destinos no previstos fue Pamela (para no presumir omitiré su apellido pues uso el suyo) y su equipo de Blanco, para a través de su talentosa concepción gráfica darle otro giro a mi idea inicial del libro, el cual ya había girado por Juan Carlos. Con mano de hierro en guante de seda arrastró mi proyección hacia su territorio. Como ven de estas confesiones, y lo comprobarán en alguna anécdota, pareciera que tengo una gran apertura a las recomendaciones o soy de carácter blando.

Mis relatos cubren episodios suficientes como para formarnos una idea de las vivencias y experiencias de un cazador submarino *amateur.* Creo que la conexión emocional que hacen indelebles estos recuerdos proceden del hecho que, desde pequeño venía y vengo hasta hoy, conectado con el mar y sus historias: combates, naufragios, salvamentos, tesoros, piratas, sirenas, leyendas, mitos, tempestades y tsunamis, asimilado a través de novelas, cine, documentales y series de televisión. Y como a todos, me conectaba también al mar las playas, las esculturas de arena, las corridas de olas a pechito, colchoneta y pititabla, los pícnics, el fulbito, la paleta y el vóley, los patas, las chelas, los bikinis, los amores de verano, los campings, las fogatas, las gambusinas...

Pero volviendo a la dimensión trascendente del mar: Mike Nelson de la serie de televisión Investigador Submarino era quien que yo quería emular, y también deseaba ser el terrible Capitán Nemo del Nautilus de Julio

Verne, personificado en el cine por un soberbio James Mason; quería ser el Aquamán de los sesentas en los chistes, el admirable Jacques Cousteau, el inigualable Sean Connery de Operación Trueno, donde se batían a arponazos bajo el agua contra los malos desde unos *maiales* espectaculares (memorable además la escena en que mientras enamoraba a la guapísima Claudine Auger -ojo, Miss Francia a los quince años- le mete un varillazo con un arponcito al enemigo que, solapa, venía por detrás); quería ser como los apneístas primigenios Jacques Mayol y Enzo Maiorca. Deseaba ser todos ellos a la vez, de una buena vez, y para siempre.

Algo de envidia le llegué a tener incluso al Monstruo de la Laguna Negra, que aparte de gran buzo parecía estar harto de follarse a las hermanas manatí en las cochas del vecindario, hasta que vió a la joven asistenta del científico que lo puso como una moto y a la primera se la levantó, llevándosela a su cueva sin consentimiento previo. En la reciente película La Forma del Agua, el aquandroide también andaba muy erotizado. Carretón, como dicen.

Con el paso del tiempo apunté a personajes más reales y me conecté con historias de los grandes exploradores. De las muchas, sigo especialmente atraído por los que anduvieron por la Antártica a inicios del siglo XX: Amundsen, Scott y Shackleton, entre muchos otros. Por cosas de la vida pude visitarla a bordo del Humboldt en 1997. En la Base Peruana situada en la remota ensenada Mackellar de la isla Rey Jorge, canté el Himno Nacional a gritos y a pesar del nudo en la garganta. Eso no me pasa con la selección de fútbol. Años después temblé sobrecogido al ver en un museo en Washington el James Caird, el bote original con el que Shackleton navegó hasta la isla Georgia del Sur en la más admirable travesía marítima que permitió el posterior salvamento de toda su tripulación. Dejo aquí estos personajes pero al final los traeré de nuevo.

Debo precisar dos cosas. Primero, me considero un buzo promedio. No llego a apneas de dos minutos, ni a fondearme 25 metros, ni a sacar meros

muriques gigantes. Ando en lo suficiente para aguantar el frío, estar buenas horas en el agua, sostener la respiración el tiempo necesario para bajar y esperar a que los peces aparezcan (se van apenas te ven venir y regresan por curiosidad luego de un rato) o hurgar en grietas y cuevas, ecualizar bien mis oídos, entenderme sin forcejear con mareas y corrientes, estar atento de mis compañeros, descartar presas por tamaño o calidad, reconocer y anticiparme a la conducta de las distintas especies (las frenéticas chitas, las desconfiadas cabrillas, los distraídos loros y las raudas y las casi nunca visibles corvinas), disparar con regular precisión y todo ello con seguridad sin ir nunca más allá de mis límites. Siempre rodeado de una buena dosis de paciencia, que es virtualmente la principal exigencia de esta actividad.

En ese sentido, va el segundo punto: nunca he tenido un percance. Siempre me he cuidado mucho. Me han arrastrado correntadas que luego me han devuelto más allá, me han empujado tumbos con los que me he dado un hombrazo contra la roca sumergida, me he clavado erizos en las rodillas que luego los extraes con aguja y pinza, me he dado uno que otro cocacho contra el techo de una cueva, he tenido los usuales calambres de pierna que solucionas jalando la punta de la aleta, a veces algún inicio de hipotermia que te obliga a salir del agua para recuperar calor, por allí un encuentro con un tollazo con dientes -con lo cual ya es más tiburón que tollo- y que indiferente pasa a tu lado, una urticaria por tocar actinias y luego pasarme distraído la mano por la cara (que te la deja por unos días como el Hombre Elefante). Con frecuencia he tenido, sí, mareadas en botes con unas arcadas y vómitos en los que botas hasta el ectoplasma pero que los cortas tirándote al agua de nuevo.

Finalmente, he sabido reconocer cuando el mar no está para visitas, así sea mi zona de pesca frecuente.

Aunque suene terrible, si se va tranquilo, atento y en razonable condición física, no pasa nada. Pero eso de quedar atrapado en las profundidades,

disparos accidentales, enredo con redes o cabos, colapsos respiratorios, barotraumas, voladura de tímpanos, apagones de aguas superficiales, o encuentros cercanos (lejanos sí) con “choros de mar” -piratas, se entiende- felizmente nunca. Nada de nada. Poco drama, como dirían algunos.

De modo que doy la bienvenida a quien se aventure a sumergirse conmigo en mis narraciones. No se requiere experiencia submarina para acompañarme, solo algo de sentimiento divertido de la vida. Dicho esto, espero les resulte entretenido lo escrito, como fue para mí vivirlo.





Quilca

Fuimos a Quilca unas cinco veces, separadas cada una por un año. Eran expediciones ambiciosas que exigía mucha organización, planeamiento y adaptación a los impredecibles: la fecha se determinaba intuitivamente esperando dar con el mar calmo y claro. No existían los pronósticos de oleaje vía web, ni contactos logísticos a través de celular de modo que muchas cosas se resolvían en el mismo punto de pesca. Además, duraban al menos nueve días (dos de ida, dos de vuelta y cinco de pesca) lo que requería de visado laboral y familiar.

En la primera ida nos detuvimos de noche en un grifo en Nazca y luego de repostar gasolina preguntamos a un mecánico dónde había aire para las llantas. Este señaló una esquina mientras retiraba la varilla de medir aceite del carro viejo que estaba reparando. Buscando donde limpiarla para medir el nivel correctamente miró alrededor como buscando un trapo o un papel. Al no encontrar ni uno ni otro, se miró a sí mismo -no tenía un centímetro cuadrado limpio- optó por colocarse elegantemente la varilla detrás de

la rodilla, recoger la pierna para atenazarla en la corva, y deslizarla para limpiarla. ¡Tenía estilo el tipo!

Cuando fuimos por el aire, había un aparente guardián con mameluco, pasamontaña bajado al cuello y una extraña “F” de fierro en los brazos. Esto era antes del año noventa y nos encontrábamos en pleno Estado de Emergencia por el terrorismo. No teníamos idea qué podía ser aquel artefacto y le preguntamos.

- Escopeta, pues -dijo. - Bien “trucha” y de cartuchos... ¡Para choros y tucos!

Claro, consistía en un tubo que corre dentro de otro y al golpear una aguja de acero en la base dispara un cartucho de perdigones. Le pedimos una demostración y aceptó si le reembolsábamos el costo de la munición, que era como el de dos gaseosas. Le pagamos y nos pusimos al lado, colocó el cartucho y rápidamente maniobró el artefacto que hizo tremendo fogonazo con un ¡pum! sonoro que nos hizo saltar, a pesar de que estábamos advertidos. Sus amigos lo recriminaron por disparar sin razón, pero él igual se reía y los mandaba al diablo. ¡Vaya parada técnica que tuvimos!

En Chala nos detuvimos para saludar a dos pescadores amigos de Chaveta: Víctor y Cayuco. El primero se emocionó y dijo estar preocupado porque “desde hacía dos días había perdido la llave del culo”. No teníamos idea qué significaba eso. No preguntamos para aparentar entendimiento, hasta que cuando explicó que los remedios no le hacían efecto y tampoco podía alejarse cinco pasos de un baño, comprendimos que venía atravesado de una diarrea incontenible y de plazo indefinido.

Cayuco tuvo la gentileza de invitarnos a su casa pues era amigo antiguo del papá del Flaco, que también había sido buzo. En su modesto hogar nos recibió muy protocolarmente alineando a su esposa, hijas, y la casi centenaria abuela que venía en silla de ruedas y estaba declaradamente dormida.

Cayuco trajo un legendario fusil submarino Arbalete Champion que el papá del Flaco le había regalado hacía muchos años. Era sin duda un símbolo de antigua amistad y se lo mostró como si fuese la Espada de Honor de un egresado de la Escuela Militar de Chorrillos. Este se emocionó profundamente y desbordado por los sentimientos exclamó un tan estentóreo como torpe - ¡Esto es de puta madre!

Hubo un silencio profundo y las decenas de copitas de anisados y pisquitos que llenaban la muy digna vitrina de vidrio de la casa de nuestro anfitrión empezaron a tintinear. No era un temblor de tierra, sino que con el sonoro improperio el ambiente se había “magnetizado” por decirlo de alguna manera y podía cortarse con un cuchillo. El Flaco notó su imprudente efusividad y avergonzado pidió disculpas. El silencio se rompió cuando la abuela -que se parecía a la viejita de la película Cocó y no estaba tan dormida como aparentaba- se empezó a carcajear con lo cual las copitas dejaron de vibrar y luego la risa fue general.

Llegamos a Quilca al día siguiente. Habíamos pasado por Yauca (donde la carretera se pega a la costa y el océano es un espectáculo), Tanaka (que era pueblo virtualmente fantasma puesto que todas las casas siempre estaban vacías), Atiquipa (con sus hermosos campos de olivos). Luego Chala, con su cercana y preciosa playa de la Quebrada de la Huaca -algunos le dicen de la Vaca- de la que sale un camino inca transversal directo al Cusco. En ese tiempo había allí un hotelito de un francés que se había juntado con una charapa simpaticona. Luego Atico, La Planchada, Ocoña y más allá el fértil valle de Camaná.

Si recuerdo bien, a partir de allí la carretera Panamericana se adentraba a la sierra para dirigirse a Arequipa. No existía la autopista que hoy entiendo conecta directamente con el puerto de Quilca, solo un camino largo y mal afirmado. Podían apreciarse unas formaciones montañosas costeras cubiertas de un extraño color blanco, que parecía nieve pero obviamente no

lo era. Luego leí que Antonio Raymondi las describía exactamente igual hace siglo y medio. Me temo es ceniza volcánica del Huaynaputina.

Vimos varios grupos humanos dedicados a sacar machas. Montañas de conchas acumuladas por estos extractores. La recolección es práctica humana primitiva para alimentarse. También presenciamos una espectacular maniobra de pesca motorizada: dos lanchas de alta velocidad, desvencijadas pero respondonas, al mango y directo contra las olas para meter la bolsa del chinchorro, vararse a lo bestia y luego jalarla desde la arena con dos *willys*, que parecían sacados de la primera película de Mad Max. Nos quedamos a mirar y no les fue bien en ese intento pues no pescaron nada. Lo harían seguramente varias veces más hasta hacerse fácil una cala de una tonelada de corvina. El chinchorro es una pesca de delincuentes, al igual que la de los dinamiteros.

Finalmente llegamos al pequeño puerto de Quilca. De pasado relevante, fue el puerto natural de Arequipa hasta poco después de la Independencia. Hermosa caleta protegida y con un muelle de Fondepes bien puesto. En ese tiempo mostraba un pequeño conjunto desperdigado de casitas muy modestas, todas con corrales para patos. Asímismo, un único restaurancito cerca a la playa que según recordaba era de madera, pero revisando fotos me hacen ver que en realidad era de esteras. Por decoración interior exhibía a modo de *posters* recortes de periódico pegados en la caña chancada que hacía de pared y que lucían arrugados por la brisa y el tiempo (pues eran de los setentas): en uno de ellos la guapaza de Camucha Negrete anunciaba Glostora - Marca de Hombre, y en la otra aparecía la super sexy Gladys Arista en el audaz e icónico anuncio para jabón Spree.

Buscamos a Lara. Así: Lara, a secas. Era el hombre del puerto. Mediano de estatura, fornido y con unos antebrazos a lo Popeye, le tenía aprecio a Chaveta que lo conocía de antes. Próspero y hábil, avituallaba a los dueños de botes que no se hacían a la mar pues no tenían para el combustible, comida,



repuestos, cigarros, ni ayudante. Lara les pagaba un jornal o porcentaje menor y se hacía de la pesca, que la vendía a las cámaras que la llevaban a Arequipa y Lima.

Tuvimos que resolver un impedimento pues el mar estaba levantando ese día y el Capitán de Puerto había prohibido los zarpes. Fuimos a buscarlo y lo encontramos remojándose en ropa interior en unas pocitas con unas féminas que parecían ser las primas de las hermanas manatí. El severo funcionario se compadeció de nuestro largo viaje, o se le apocó la autoridad al verse a sí mismo casi en pelotas, el punto es que nos expidió a mano una notita que hicimos sellar al encargado del muelle. La partida era oficial pues contábamos con el permiso de zarpe de ley.

Resuelto el inconveniente, negociamos rápidamente la tarifa con Lara para el alquiler de la chalana, el pago al botero, combustible y demás. Designó expeditivamente a Estrada para que sea nuestro piloto, cargó kerosene



(los Yamaha fuera de borda andaba con eso) y aparejos para lo cual nos ayudó Ramplín. Esta servicial y buena persona, dedicado por años y años a desembarcar a lomo costales de choros de cincuenta kilos de los botes, tenía el hombro derecho encallecido a cuadritos por las huellas de los sacos de carcal. Sus pies eran enormes, a prueba de erizos y piedras cortantes y de resbalones en los musgosos cantos rodados, y bien podrían haber sido inspiración del gran Edilberto Mérida, de San Blas en Cusco. Ramplín es el nombre más sonoro y bonito que he escuchado de un hombre de mar.

Atamos un cabo para remolcar el *zodiac*, que era una antigua balsa de río anaranjada que habían traído unos polacos para bajarse el Apurímac y el Colca y que tenía más parches que correrías. Lo peor era el cariñoso pero indigno apodo que le habíamos clavado: la Pantufla.

De verdad el mar estaba levantando. Unos tumbazos nos bajaban y subían para luego formar espumosas crestas que se estrellaban brutalmente contra

el roquerío, haciendo volar por los aires choros, yuyos y arañas de mar. Dos horas de navegación y llegamos a la caleta de Arantas. Nombre misterioso de toponimia desconocida. Angosta boca de mar que se abría en dos abanicos que formaban sendas lagunas de aguas quietas y cristalinas. Sería nuestra casa por unos días. Luego supimos que sería en realidad nuestro refugio.

Lo primero que vimos al vararnos fue esas cosas insólitas que de primera impresión parecen normales. Una media docena de patos de corral, blancos y gordos, estaban en el agua muy ocupados zambullendo cabezas y dejando colitas al aire, sacando muy muy. A nadie le llamó la atención, hasta que alguien lo notó. Primero, los patos nadan en lagunas de agua dulce, no en el mar. Segundo, los patos de corral no vuelan. Tercero, los patos no tiran cuarenta kilómetros de pata para venirse desde el puerto. Cuarto, los patos no comen muy muy. Quinto, estos patos se han adaptado al ecosistema. Sexto, alguien los trajo. Séptimo, no estamos solos.





El arantino

Al poco comprobamos que estábamos en lo cierto. Nos recibió José. Menudo, cobrizo, cercano a los cincuenta, algo desdentado, de humildes prendas, afable y cordial. Sacándose una gorra que había perdido el color y estaba marcada con un horizonte blanco de sal de sudor y mar, nos saludó entusiasta y dio la bienvenida.

Nos llevó a su casa, que era grande de corazón pero precaria. Carrizos atados con cáñamo entre sí y solaqueados con barro formaban un único ambiente de cuatro metros por cuatro. En una esquina una mesa de piedra y barro hacía de cocina con una abertura directa al techo a modo de chimenea, con señales que se le había pasado la mano del fuego más de una vez quemando media techumbre. La cama era un arrumado rectangular de tierra con un colchón de espuma del mismo color y un par de frazadas.

Su mascota era un perrito chusco macho cuyo nombre le quedaba grande: Chungungo. Como se sabe, los chungungos (o gatos marinos) son un tipo



de nutria costera, habilísimos cazadores bajo el agua y con sus patitas con membrana entre los dedos que parecen mitones agarran su comida echados en el agua boca arriba. En Barrancadero algunas veces los tuve mordisquéandome los pescados de la traba y cuando me acercaba para asustarlos se iban a regañadientes dando bufidos, pero uno atrevido alguna vez me mostró los dientes y el asustado fui yo. Chiquito pero achorado.

Regresando a José, era el biotipo del pescador artesanal precario. Afuera de su cuchitril un tendal alternaba calzoncillos con trozos de raya seca, oreándose rítmicos al sol. No era fácil saber cuál era cuál pues a la vista y tacto eran idénticos. Chaveta jaló una lonchita de raya para probar pero la dejó de inmediato pues tenía unos gusanos como inquilinos, de modo que venía enriquecida con proteínas.

Acampamos en la caleta de al lado y nos despedimos de él quedando en vernos a la mañana siguiente. Dedujimos que a dos horas de un puerto de poca actividad, sin un solo vecino a decenas de kilómetros, en vida de absoluta soledad... el buen José estaba en condición de escapado de su casa. O de la justicia. O de ambas. De modo que tan ingenuos no éramos en verdad. Teníamos de ocasional vecino a un auténtico cimarrón moderno.

Cada tarde José nos visitaba y conversábamos. No pudimos sacarle mucho de su pasado, pero sí de lo que hacía allí. Estaba ya como tres años y se recurseaba sacando cochayuyo, esa alga amarga que a los arequipeños les encanta en el cebiche (con el debido respeto, ¡qué ganas de malograrlo!). Lo acopiaba, secaba y una vez al mes venía su enlace de Quilca para recoger la carga. Con lo que vendía, José compraba aceite, fideos, fósforos, velas, jabón (para Chungungo pues él parecía ser refractario a la higiene), entre otras cosas básicas. El agua la conseguía de un puquio cercano. Los patos los trajo él de uno en uno y dos habían nacido en Arantas, de modo que por gentilicio eran arantinos.

Al tercer día y con algo de pisco, José soltó la lengua y si bien no reveló su pasado misterioso nos habló de su futuro. Aparte de extraer cochayuyo, andaba buscando entierros cercanos de lo que llamaba los gentiles. Nos sonaba desconocida esa denominación que luego supimos designa a los habitantes del Perú antes de los incas, de modo que nazcas, waris, pucaras, huarpas, paracas, recuayes, chiribayas, aymaras, colliques, salinares, caralinos, gallinazos, moches, chimúes, tallanes, cañaris, chachas, huancas y demás son todos gentiles, aunque entre ellos no siempre hacían honor a esa designación.



Hicimos un par de visitas a sus sitios de “huaqueo” -técnicamente eso era lo que José hacía- y eran efectivamente cementerios preincas de poca monta. Agrupados en desorden y en escaso número, eran entierros simples, superficiales, nada de cámaras funerarias, elementos ceremoniales o con medio séquito de compañía al más allá. Típico personaje modesto, acuclillado, con las manos en la cara a lo El Grito de Munch, bien zunchado para que no escape y embolsado en lana de llama y metido en un pocito de

canto rodado a un metro del suelo. No había ningún vestigio arqueológico a la redonda que revelara una ocupación permanente, con arquitectura religiosa o monumental, tipo el gigantesco Cahuachi en Nazca, o La Centinela de Chincha, o el bien conservado Tambo Colorado saliendo de Pisco, ni siquiera un asentamiento sencillo como Uquira pasando Coayllo. Nada alrededor. Sin una presencia humana relevante, el empaque funerario tenía valor sentimental solo para sus parientes y más adelante para los estudiantes de arqueología práctica.

José llego a afirmar que había encontrado algunos elementos interesantes, sin dar más detalles. Nos despedimos al final de nuestra expedición y volvimos a ver a José el año siguiente en el mismo Arantas. Salvo tres patos más y un colchón de mejor aspecto que el anterior, sus condiciones de vida eran las mismas.

En nuestro tercer viaje, dos años después del primero, encontramos a José viviendo en Quilca. Tenía un bote, mujer y casa en la primera fila del puerto. Con pantalón y camisa bien puesta, más entrado en carnes, pelo cortado y pintado al negro, nos invitó generoso una cerveza que agradecimos y no dejó que la pagáramos, a pesar que le insistimos. El exponencial salto patrimonial no nos lo podíamos explicar con una corrida de margen financiero por venta de cochayuyo. Solo cabía una explicación: ¡José encontró algo! Intentamos sonsacárselo pero -lo sabíamos de antes- era hermético respecto de su pasado. Nos contó de sus planes y su futuro, pero nunca de lo que debió ser un hallazgo que le cambió la vida: el Tesoro del Apu Kon Tiki Wiracocha Cochayuyo.

Regresando a nuestro primer viaje a Quilca, el área de nuestro campamento pasó, como mencioné antes, de ser nuestra casa a ser nuestro refugio. Por los siguientes dos días se presentó un formidable maretazo -el que bien había pronosticado el Capitán de Puerto- que no solo hacía imposible cualquier intento de pesca sino que la boca de salida de la caleta parecía el Maelström

de Edgar Allan Poe. Un incesante y formidable oleaje golpeaba furiosamente las paredes y cerraba toda escapatoria. De modo que a esperar. Por suerte, los lenguados vieron también en nuestra caleta abrigo del furioso océano, lo que nos daba la ocasión de capturarlos de noche.

Al tercer día, cansado de sus arrebatos, el mar empezó a bajar y al cuarto ya se podía salir. Aún con unos tumbazos (abajo se escuchaba ¡pumba, pumba, patapumba!), buceamos en unas lajas enormes con unos callejones perfectos como cortados por amoladora. Allí los chinos aparecían y desaparecían como fantasmas, pues nunca los ves venir e irse; solo aparecen de la nada y se desvanecen en la nada. Bello y poderoso pez, dicen (yo realmente no la veo) que exhibe una imperceptible rayita delineada detrás del ojo que da lugar a su nombre. De carne muy preciada pues aseguran que solo comen cochayuyo, aunque ello explica que la eviscerada huele a diablos. En Quilca los había de diez kilos para arriba. Pelean de alma y se desgarran a sí mismos con la flecha para intentar escapar de ella, llegando incluso a romper *flaps*. Desaparecieron por años y me reportan que han vuelto a aparecer, en un ciclo presencial misterioso, como el de otras especies.

No exagero, pero por momentos los tumbos levantaban el bote y fácil yo lo veía como a dos pisos de altura sobre mí. No era zona de reventazón, pero igual atemorizaba. Estuvimos allí buen rato y la pesca se registró al ratio usual de 3:2:1. El Flaco sacaba tres pescados (uno de ellos fue una vieja enorme que celebró a gritos) y Chaveta dos. Yo uno.



Guardián de Hornillos

El penúltimo día pescamos en Hornillos, un islote guanero resguardado por un vigilante. Solitario en cuerpo y alma, como de sesenta años, con unas ojeras negras y profundas. Como las de un mapache. Armado de un escopetón oxidado, vivía también en una casita de madera y seguramente cada mes venían del ministerio a dejarle sus provisiones mientras que un cheque puntual llegaba a su familia. Al parecer no conversaba con los gentiles, o de hacerlo, no se dejaba meter ideas en la cabeza. Se mostró inicialmente reacio a darnos permiso para cazar en su zona pues pensó que usábamos compresora y eso es pesca sucia. Le explicamos que no y nos autorizó.

Todo el islote era buceable. Agua refría, cristalina hasta el fondo que empezaba como a los diez metros y de allí más para abajo. Se veían desde

arriba las viejas “pampeando” -que es la expresión que refiere cuando el pez deambula entre las rocas- que parecían pequeñas pintadillas. También se veían por todos lados en el agua unas telarañitas que bien podían ser cagadas aglutinadas de aves guaneras o semen de ballena. Lo que fuera, sabe Dios...

Las viejas, llamadas también pejeperros, tienen un color morado oscuro con un radical brochazo amarillo cerca de la pectoral. De cabeza enorme y desproporcionada y dientazos salidos, es vivaza pues se pone exactamente medio metro más de la distancia que alcanza el disparo del arpón, mirándote de reojo con la proa un tanto inclinada hacia arriba, o con el blanco mentón elevado en señal de dignidad, como mejor quede descrito. Te le acercas lento y ella a la vez se da su pasito más allá. Difícil dispararles en la pampa, hay que esconderse y esperar que pase distraída y allí... ¡zoc!

Usábamos arpones de aire. Yo andaba con mi Medi Sten y un Cressi mediano que pateaba como un burro. Chaveta tenía un Titan Mares con cacha al medio con unos varillones (que me los dejó como reliquia y la verdad son unas joyas) y el Flaco portaba un Sten 100. Tengo hoy -aparte de dos antiguos Sten de aire comprimido- un excelente liguero Rob Allen de 70, con una flecha delgadita. Disparo, apenas suena un ¡chin! y atravieso chitas y cabrillas como mantequilla. La potencia del neumático la prefiero, aunque hay ligueros de dos o tres ligas que perforan fortunos y meros. De eso el Flaco sabe.

Para acabar con esa primera expedición a Quilca, le dijimos al mapache solitario de la isla Hornillos que regresábamos al día siguiente y si necesitaba algo de comida o agua que nos quedaba. A pesar que vivía en el límite de lo básico, indicó que no era necesario. Cuando le insistimos, lo pensó un momento y por un instante la mirada se le encendió, como si una necesidad apremiante pero olvidada le viniera de pronto.

- Sí, respondió. -¡Periódicos!
Estas anécdotas son las que llego a recordar. Algunas más tengo y las llego a percibir, pero se me pierden en la bruma del tiempo, aunque sé que en algún mágico momento llegarán a plasmarse en la escritura por sí solas. Por ejemplo, recuerdo que en una de las expediciones un amigo de Chaveta nos acompañó con sus dos hijos que tenían como siete y diez años. Cada mañana, el pobre papá debía poner a secar sobre las peñas las bolsas de dormir que habían amanecido regadas (meadas, propiamente dicho) por los infantes. Al menos en un par de viajes nos acompañó Mario, que no buceaba pero fotografiaba extraordinariamente y disfrutaba intensamente de las jornadas.

Otra vez también, de regreso de una expedición larga, paramos muertos de hambre en un chifa por Camaná. Le marcamos tres platos en el menú al mozo, que preguntó si no resultaba poca comida para el elenco que me acompañaba (ojo, a pesar de mi 1.86 de estatura, comparado con el Flaco y Chaveta yo era el más bajito del grupo). Le indicamos entonces que trajera todos los platos de la carta... excepto los que habíamos marcado.

Ocurrencia bastante tonta, por cierto. En realidad, los largos días de desconexión urbana nos llevaba a un grado de simplismo rústico y de humor elemental. Algo así como el buen salvaje de Rousseau, y lo puedo graficar cuando en aquél chifa cogimos un periódico que habían dejado en la mesa de al lado en cuyo titular se anunciaba la estatización de la banca por Alan García, en su primer gobierno. Sin entender qué significaba tal medida, nos reímos incrédulos de lo que parecía una mala broma. Ya en Lima se nos fue la gracia.















Huarmey

Un destino frecuente de nuestras expediciones de pesca era Huarmey y alrededores. Trescientos kilómetros de carretera al norte, que en ese entonces andaba muy maltratada pero tenía escaso tráfico, permitía salir de Lima después de almuerzo y llegar al anochecer. Dormir en el Hotel de Turistas, que era mucho nombre para lo que ofrecía, salir a las cinco de la mañana para estar metiendo la Pantufla -o años después un *zodiac* negro de marca desconocida pero muy marinero- por la playa del puerto donde habían instaladas varias fábricas de harina de pescado, era la consabida rutina. En ese tiempo las plantas eran un completo desastre ecológico y el embarque era un absoluto asco pues había que caminar entre sanguazas, grasas y unas bolas pegamentosas putrefactas que llamábamos las “bolicacas” y se metían entre los dedos del pie y no salían sino hasta después de varios días.

A pocos minutos de navegación ya estábamos frente a una espectacular línea de acantilados. Otra vez las reflexiones del sesgo de la cordillera adentrándose en el mar, el monólogo o tal vez el diálogo hermético de la naturaleza. Vertical y muy extenso, nos tomaba como una hora y media llegar al punto de pesca, pasando un par de loberas donde siempre habían pescadores de pejesapos, con unas varas largas y una redecilla al extremo. Había un acceso más directo a nuestra zona de pesca por la playa La Mina pero el camino era largo, fácil para perderse y la embarcada y desembarcada peligrosona, pues era playa de resbalosos cantos rodados y de bajos ocultos.

En algunas épocas del año avistábamos cóndores en el peñerío. Bajaban de las alturas a comerse la placenta de las lobas que acababan de parir sus crías. A su lado, los pelícanos parecían canarios. Después de empujarse un par de kilos de este nutritivo potaje, emprendían el retorno aleteando con



esfuerzo pues iban con el máximo peso permitido buscando una térmica ascendente que los lleve a sus nidos por encima de los cuatro mil metros de altitud.

Calculo iríamos unas tres o cuatro veces al año a lo largo de una década, por lo que allí nomás hicimos al menos unas buenas treinta o más expediciones.- Nos toca una “huarmeyada” -nos decíamos. Los loros más grandes los he sacado allí. Negros e inocentones, encuevados o distraídos en la pampa, hemos hecho allí cargas de pesca memorables. En una ida con Chaveta saqué uno que no entraba en la jaba anaranjada. Tenía a tiro por un buen rato a uno grande y presentí de la nada que por allí andaba el papá. Alargué mi apnea hasta lo que pude y ya en el límite y dispuesto a disparar al primero, apareció por detrás el mencionado progenitor que ni me vió.

Cabe mencionar aquí un efecto fisiológico muy particular: cuando por la duración de la inmersión se empieza a cargar la sangre de dióxido de carbono, se activa un sensor (localizado en la *medulla oblongata*) que dispara el reflejo respiratorio, ese impulso involuntario e incontrolable por respirar. Cuando poco antes de ese disparo se produce un estímulo importante -llámese, una buena presa a la vista o también un riesgo imprevisto- el sensor se resetea automáticamente e inhibe temporalmente el reflejo respiratorio y con ello la sensación de necesidad de emerger para respirar. Una especie de llave de paso de reserva de oxígeno. De modo que se extiende el tiempo de apnea. Dato muy importante para la fisiología humana y también para reconocer que en ello puede esconderse un accidente. Es como ir en avioneta con la aguja de combustible indicando engañosamente medio tanque cuando en realidad está vacío. Los profundistas profesionales entrenan y desarrollan esta técnica... voluntariamente.

Ojo: ese reseteo es temporal. Al final el reflejo respiratorio vence e inevitablemente activa los poderosos músculos del diafragma para provocar la inspiración. De lo que haya alrededor: aire, humo, vacío sideral o agua.

La pesca duraba unas cuatro o cinco horas que apuntalábamos con galletas y agua. Siempre había que esperar al Flaco que era incansable. En castigo le tocaba desenganchar el ancla que acababa trabada con fuerza. En una de esas aburridas esperas no sé qué quiso hacer Chaveta que se quitó el fino Rolex Submariner. En un descuido se le escapó de las manos y ví al reloj rebotar en cámara lenta como Kung Fu Panda en el redondo pontón del *zodiac*. ¡Pun, una, pun, dos!... y la tercera lo agarró al vuelo como una mosca. El mar es choro, como decía Sapo Brujo, mi instructor PADI de *scuba*.

De allí nos esperaba la navegada de dos horas al puerto, cargar todo en la camioneta, enganchar el remolque y enrumbar directo a Lima. Era parada obligada el Marcelo de Chancay para devorar hasta lo que dejaban los demás comensales y llegar a casa a la madrugada.

Con las salidas a Huarmey, extendimos el alcance a unas playas preciosas más al norte. Hicimos unos campamentos en El Huaro, una formación rocosa que según la hora y los vaivenes de la marea es isla o península. Encontrábamos buenos pozos y solo allí he sacado lenguados de día durmiendo en el fondo arenoso, todos con un bulto en la barriga pues se habían atragantado pejerreyes, corvinillas, mojarrillas y lo que se les hubiese cruzado en su zona de caza. Aquellas veces la siesta después del banquete les resultó eterna.



Panadero

Un relato del estribo sobre Huarmey. En una oportunidad en que salíamos de madrugada del hotel para embarcarnos temprano, resignados a triste desayuno sólo con galletas de soda durante el trayecto, vimos encendida la luz de una panadería que nunca veíamos abierta e hicimos el intento de comprar pan calientito. Con poca esperanza, tocamos el timbre y al poco nos recibió una señora cordial que a nuestra pregunta si había pan nos invitó a pasar directo a la zona de trabajo de su esposo, el maestro panadero.

En *short* y *sayonaras*, el robusto y más adiposo que musculoso señor -moteado de harina como si viniera de un carnaval cajamarquino- le estaba dando duro a una enorme masa que parecía no ceder pese a los poderosos aplastamientos, apretamientos, estrujamientos, golpes y zarandeos que le

propinaba. El horno sonaba como un turbo, quemando a *full* régimen un combustible de baja refinación que le daba un aroma dulzón al ambiente. El calor era infernal.

El maestro panadero nos pidió unos minutos pues la primera horneada de cachitos estaba por salir y nos los recomendó por encima de los franceses en los que estaba abocado, pues tenían mejores ingredientes y exigían mayor esfuerzo físico lograr la textura adecuada. Ya se empezaba a sentir el grato olor de estos, que mal no combinaba con el tufo del horno. Hicimos un par de bromas sencillas que el maestro celebró entusiasta y tomó vuelo para chismear de un problema de faldas en el que su vecino andaba envuelto, advirtiéndonos que guardemos confidencialidad pues el protagonista era familia de su esposa. Le aseguramos nuestra discreción y fuimos todo oídos.

No recuerdo bien los detalles de su prolija narración, llena de personajes, malentendidos, suposiciones, imputaciones, meneos y escarceos pues mi atención se enfocó en ver que mientras hablaba y amasaba, sudaba más que copiosamente. Ya gruesas gotas habían caído en la mesa de trabajo que desaparecían apenas la masa pasaba por encima. Otras, impregnadas de harina, formaban grumos color canela que adheridas al cuero se resistían a ese destino. Cuando ya el sudor le incomodaba la frente sacudía la cabeza como un toro cabreado.

No pasó mucho hasta que ocurrió lo impensado: concentrado en personificar la escena más dramática de la historia del vecino calentón, cuando la compleja trama crece formando un nudo terrible, queda suspendida en la cornisa de la incertidumbre y se precipita violenta en un desenlace catastrófico, nuestro interlocutor -que revivía intensamente cada personaje a través de sus propias palabras- bajo una sobrecarga de excitación histriónica, chorreando sudor por cada poro de su extensa superficie epitelial, empezó a secárselo con la masa de pan.

Primero con una bolita por la frente (que discretamente puso en una esquina de la mesa, pero que al poco fue tragada por la masa mayor), luego con otra más grande por la nuca (esta regresó sin trámite previo directamente a la masa), luego toda la masa empezó a servir de toalla, secador, trapo, esponja, polo viejo, *wettex* o guaipe (DRAE *dixit*), por hombros, frente, cuello, pecho, brazos y panza. Huachalomos, en corto.

No nos atrevimos a increparlo pues, ante la cortesía de recibirnos a esa hora, permitirnos invadir su espacio privado de trabajo y brindarnos su confianza al compartir intimidades de vecinos, no sería de caballeros (que en ese entonces éramos). De modo que le agradecimos la acogida, le celebramos lo entretenido del relato y para redondear el gesto le compramos una docena de cachitos al que le agregó tres de yapa para llegar a quince, de modo que el reparto sería más generoso.

Abrazo de despedida, saludo a la esposa y salida rauda pues se nos había pasado la hora. Comentamos la simpática anécdota, asegurándonos de dejarle los panes a los perros callejeros de la entrada del puerto. Al parecer estos se despertaron tarde pues no vimos ninguno. No hay problema, se los daríamos al regreso.

La buceada fue realmente buena. Magníficas condiciones de mar y harto pescado, que hizo que la jornada se extendiera más de lo usual. El retorno del punto de pesca al puerto fue lento y duro, pues por la hora avanzada traíamos viento en contra y una chupina constante nos empapaba de espuma congelada. Las galletas Chaplin que por todo menú habíamos llevado se habían caído en el fondo del zodiac y estaban mojadas. Si secas son de difícil deglución, con agua de mar son intragables. Preferible comerse una malagua cruda.

Muertos de hambre, continuamos el tortuoso recorrido mientras nos turnábamos en achicar el bote pues hacíamos agua por el viento y oleaje,

cuando de casualidad encontramos la bolsa de cachitos oculta entre el desorden del equipo de pesca. En el apuro de embarcarnos, alguien sin notarlo la había metido al *zodiac* y allí estaba: bien amarradita, con los cachitos secos y tiernos y con una dorada capa superior, señal de cocción profesional.

Sin pensarlo dos veces, paramos la navegada y le metimos voraz diente en silenciosa comunión, interrumpida por la esporádica reflexión de estarnos metiendo de contrabando al menos medio litro de sudor del maestro panadero. Para atenuar cualquier sensación de repugnancia, nos repetimos varias veces que el calor del horno evapora toda el agua de la masa (lo cual no es del todo cierto y, si lo fuera, el caliche queda). Y aunque todos lo recordábamos, nadie mencionó que la masa de cachito era la más trabajosa -y por tanto la más sudorosa- de las recetas. Tampoco si es que, en solitario y sin testigos, el maestro se secaba con la masa los pliegues de babor y estribor, o -peor aún- los de proa y popa.

Satisfecho el hambre, reconocimos que los cachitos estaban realmente ricos, y curiosamente aun viniendo de la misma masa, cada uno tenía un gusto diferente: saladitos unos, con un toque almibarado otros, estos con un punto ácido indefinible y por allí un par con resabio de aceite de oliva virgen con un lejano fondo de ajo soasado. No ahondamos en la probable causa de la gama de sabor aunque todos interiormente coincidíamos en la sospecha, de modo que optamos por concentrarnos en concluir la navegación y llegar bien el puerto. Allí ya cargamos la camioneta, enganchamos el remolque y directo a casa.

En el camino, cada quien gestionó digestión y dignidad a su modo: sea con el *carpe diem* romano, el “soy yo y mi circunstancia” de Ortega y Gasset o el “¡aquí morimos todos!” del Rey Alfonso VIII de España en Las Navas de Tolosa.

Me atrevo a dudar si el versículo bíblico 3:19 del Génesis que severo advierte “Ganarás el pan con el sudor de tu frente” es el original. Me temo más bien es “Te secarás con pan el sudor de tu frente”. ¡Amén!

Jinetes de arenas

Lo que fue curioso y realmente divertido fue que recorriendo con la camioneta el desierto en territorio de El Huaro en busca de una zona de pesca, nos cruzamos con cuatro tipos a caballo, lo cual era raro pues estábamos realmente lejos de centros poblados. Nos acercamos para saludar y preguntar lo usual: cómo estaba el mar, si había comedura y esas cosas.

Pues bien, la cabalgada era a pelo por doble concepto pues los caballos iban sin montura y los jinetes en cueros. Solo tenían puestas unas zapatillas de las que era reconocible la suela de goma Tigre y lo que hacía de tela era red de carcal, perfecto para marisquear con calzado liviano. Diseño auténticamente pionero pues no existían entonces las zapatillas de agua, de tan maloliente recordación. Aparte del calzado, no tenían absolutamente una prenda más: ni pantalón, trusa, polo, gorra, calzoncillo, ni taparrabo. Calatos como

vinieron al mundo. Es más, el culo lo tenían tan negro por el sol como la espalda, lo que demostraba que no era una práctica episódica y aislada. Era la indumentaria oficial. O su modo de vida.

Les hicimos las preguntas antes mencionadas y tuvimos un breve diálogo. Empezamos a despedirnos y uno de nosotros no soportó más y lanzó la inevitable pregunta:

- Oye, ¿y por qué están calatos?

Los tipos pusieron cara de ¡vaya pregunta extraña! Se miraron entre ellos como decidiendo quién daría la obvia respuesta, pero al demorarse parecían revelar que no la tenían definida. Finalmente, uno se plantó, golpeó con fuerza los talones en los ijares de su caballo y afirmó con convicción:

- ¡Más cómodo, pe!

Sus amigos asintieron lentamente, como si lo dicho fuera una revelación que les era desconocida hasta ese momento. Por un momento sentí que tenía el poder de leer las mentes y en la de cada uno de estos jinetes pude ver que se decían a sí mismos:

- ¡Claro! Vamos a caballo calatos porque nos es más cómodo. En realidad lo vengo haciendo... ¡porque los demás también lo hacen!

Varios años después no recuerdo qué medio internacional transmitió un documental producido por un francés sobre estos marisqueros calatos que se bajaban a rapel los precipicios rocosos costeros en condiciones absolutamente inseguras para sacar chanques, percebes y unos pejesapazos de sitios inaccesibles. Allí sí usaron ropas de baño y las inefables Tigre cosidas con malla de carcal, sacrificando sus desnudas convicciones por popularidad.

Para terminar, tiempo después del encuentro que acabo de relatar, el Flaco y un amigo con sus respectivas parejas paseaban en camioneta por esas zonas. Ellos a bordo y ellas en la tolva, bien sujetadas, pelo al viento y la belleza del desierto costero. En un momento, el Flaco divisó a lo lejos a los jinetes de arenas y sin dudar empezó a aproximarse a ellos, que por cierto estaban desnudos como solían hacerlo y con las zapatillas Tigre como único atuendo. Estando ya cerca, sobreparó para preguntarles si querían un aventón pues atrás había sitio. Los golpes que las chicas desesperadas daban al techo casi terminan por abollarlo mientras gritaban - ¡Avanza, avanza! Carcajada general y registro inolvidable de lo que puede convertirse un árido desierto peruano en minutos.

Alguna vez soñé que en un ardiente verano el convento entero -por orden de la Madre Superiora- se daba un refrescante chapuzón en el mar. Afortunadamente pude fotografiar mentalmente tan grata como particular escena. Si esta hubiese sido real, habría estado -por Dios, en su doble sentido de juramento e intercesión- vigilante y con aletas y boya listas para el rescate: meterse al mar con toca y hábito es extremadamente peligroso.



Viento y corriente

En una buceada por la zona de El Huaro, habíamos anclado el *zodiac* cerca de una playa pensando había fondo rocoso pero el ancla o no enganchó o agarró arena. Como a la media hora de estar en el agua, Chaveta me avisó a gritos que se nos iba el bote por el viento y que arrancara a traerlo, pues él estaba más para tierra y yo estaba más cerca. Veo el bote y calculé que lo tenía a unos doscientos metros. Empiezo a aletear directo y cada vez que levantaba la cara para ubicarlo... lo veía más y más lejos, con el sol ya bajando se iba directo al oeste. Al mar adentro. Apresuré la aleteada para acortar distancia, pero el viento me lo alejaba más.

La patada de aleta es normalmente lenta y no cansadora, pero cuando se le da velocidad constante es extenuante. Empecé a agotarme y con ello inundarme de ideas fatalistas, pero con altas dosis de realismo: no voy

a llegar al bote... y no tendré energía para regresar a la costa. ¿En qué momento aborto esta misión, encajamos la pérdida de la embarcación y salvo mi humanidad? Cada minuto se acumulaba y me llevaba al punto de no retorno.

Como a la media hora en este esfuerzo, y ya bastante agitado, hice lo que hacen los escaladores del Everest: se imponen un límite de tiempo. Si no haces cumbre cómo máximo a las dos de la tarde emprendes el regreso así estés cerca de coronar. Marqué mi reloj a quince minutos más, me concentré en un avance sostenido y recto (uno puede desviarse por olitas y deriva en muy poco recorrido) y le metí con todo. Por suerte, el viento amainó y el *zodiac* quedó al pairo, con lo que pude llegar a él, tumbarme para recuperarme y traerlo de regreso.

Me quedó rondando la idea ya en la noche de qué pasaba si no alcanzaba el bote y me quedaba en el medio del mar, solo, desorientado y cansado. Allí la cosa se ponía peluda. Pero he comprobado con ese episodio y muchos otros más (varios en mis *trekkings* altoandinos), que -al contrario de lo que se cree- el cuerpo tiene mucho más aguante que la mente. La mente arruga primero, pero el cuerpo puede seguir dando, sobre todo si es para salir de una situación apremiante. De eso saben los maratonistas, que deben imponerse a los mensajes derrotistas que manda sutil y convincentemente el cerebro para abandonar el maltrato que está siendo sometido el cuerpo humano. Es más, casi pueden anticipar en qué kilómetro de la carrera se les presentará “la pared”.

También en El Huaro tuve otra peripecia. Aparte de las buceadas de día, de noche hicimos unas entradas y recuerdo una en que la marea me iba jalando lentamente hacia la isla, en recorrido paralelo a tierra. Bueno, me dije, voy viendo y cualquier problema, me varo a playa. Me guiaba por la luz del campamento y veía que con la distancia este se iba empequeñeciendo.

Me dejé llevar en este paseo, atento a que no me meta mar adentro, hasta que se detuvo la corriente y me dejó justo sobre un pozo lenguadero. Saqué un buen par ... y de pronto sentí que la corriente me empezaba a mover en sentido inverso de la anterior. Virtualmente me puso después de unos minutos justo delante del campamento. De modo que con un recuerdo urbano de ¡bajo en la esquina, pie derecho!, me varé presto.

Náufragos

Hicimos varias pescas en las islas Huampanú y Mazorcas. Embarcándonos en Las Salinas que se encuentra antes de llegar a Huacho, la cercanía permitía hacer un ida y vuelta en un solo día. Ligeros y con la mínima logística, al estilo alpino para los que conocen algo de montañismo. Con Mecano tuve varias incursiones allí y luego contaré algunas anécdotas con él.

Aguas profundas con zonas calmas protegidas del oleaje oceánico, recuerdo haber sacado unas buenas cabrillas, chitones y ojos de uva. Estos últimos, bien fondeados, se atrincheraban bajo la plancha de una antigua embarcación hundida, como niños escondidos debajo de la cama. La silueta de este pez es de las más estilizadas, nada que ver con los feos y macrocéfalicos pericos -mahi mahi suena mejor-, las contrahechas viejas (las de mar, aclaro), o los tramboyos. La forma y el brillo del ojo de uva son

fascinantes. Para el cebiche, superior: su carne como dados cristalinos, con solo sal, ají limo, limón y tres minutos, preparado a bordo del bote, recién capturado, no necesita más ingredientes. Olvídense de cualquier otro agregado invasivo y menos del cochayuyo, que lo amarga sin piedad.

Al regreso y todavía a algunas millas de la costa, divisamos una chalana cuyos tripulantes nos hacían señas y llamaban a gritos. Nos acercamos cautelosos. En cualquier parte del mundo un malhechor camuflado de herido te puede hacer pasar un mal rato. Y en el mar, te pueden dejar en el agua, al menos con traje y aletas si tienen compasión, no importa la hora ni la distancia a la costa. También podían ser náufragos de verdad que requerían de auxilio.

Cargamos los arpones y los pusimos caleta pero a mano en caso de necesidad, tal como señala el manual del Agente 007. A medida que nos acercábamos fuimos advirtiendo que, si eran choros, el atuendo de náufragos era absolutamente realista. Eran cinco, tres en calzoncillos y dos calatos (sin duda ocasionales, pues eran más bien clarosculos), debido a que toda la tela disponible a bordo, desde pantalones, camisas, polos, ropa interior, chompas, etc. había sido aplicada a coser una improvisada vela mayor sujetada a dos remos empalmados que hacían de mástil. Las costuras y remendones eran múltiples, casi todos con nylon de pesca y aunque toscos por lo limitado de los insumos y herramientas, estaban realmente bien elaborados, por no decir primorosamente confeccionados.

Nos contaron que se quedaron sin motor hacía tres días, se pasaron dos convirtiendo la embarcación de motor a vela y ya venían navegando 24 horas, lo que les había permitido divisar la costa. Se habían alimentado de pescado crudo, pues su salida había sido prevista para durar de un día a otro, y tenían agua y comida para eso nomás. Nos pidieron agua y afortunadamente teníamos una buena reserva. Nuestros cotizados botellones de plástico no se los podíamos dar pues era parte de nuestro equipamiento oficial y les

pedimos nos den algo donde ponerla. Buscaron desesperados. No tenían botellas, ni ollas. Solo una bacinica de fierro enlozado. Se la llenamos varias veces, pues tomaron el agua directamente de ella, a modo de tazón, con manifiesta sed hasta que se la acabaron. Asumimos que la bacinica estaba limpia y tendría exclusivo uso culinario (de cocina, se entiende) pues en una chalana nadie usa bacinica. Se caga fuera de borda. No faltaba más.

Agradecieron nuestro apoyo y al despedirnos les ofrecimos remolcarlos hasta la playa de Las Salinas. Aunque era un lugar seguro -tierra, al fin y al cabo- discutieron si les convenía pues de allí les sería complicado y costoso llevar el bote a su puerto en Végueta. De modo que declinaron gentilmente y aseguraron que si continuaban navegando por sus propios medios cubrirían las treinta millas que tenían por delante y llegarían al día siguiente -o el día que Dios disponga- al muelle de donde partieron. O al lugar donde nacieron. Como para un curso de postgrado de toma de decisiones en entornos de alta incertidumbre.

Les dimos el adiós y a la distancia y recortados al sol que empezaba a ocultarse, fuimos perdiendo de vista a lo que más parecía un alegre y despreocupada comparsa de muchachos riéndose de sus palomilladas y confiando en su buena estrella.

San Fernando

Teníamos referencias de buena pesca en Punta San Fernando, en Nazca. En algún punto de la Panamericana, nos metimos a la pampa por una huella principal que a los pocos minutos se convertía en decenas de huellas secundarias. Rutas de pescadores de caña conocedores cada quién de su pozo, muchas en círculos erráticos por despistados o para despistar. Solo faltaba ver los huesos de un caballo muerto para completar la escenografía del *far west*. Lo que sabíamos era que debíamos apuntar lo más recto posible al oeste. También sabíamos que un extensísimo farallón nos cortaría el paso al mar y que solo existía un único acceso por un camino que conducía hasta la playa.

Luego de al menos tres horas de recorrido, llegamos al farallón que se cortaba a pico hacia el mar y nos jugamos la opción de ir hacia el sur a buscar el acceso. Afortunadamente dimos con él aunque antes era necesario superar una elevación con un camino absolutamente intransitable y peligroso. Un



zigzag de suelo inestable, entre arenoso y pedregoso, angostísimo, recontra empinado y con tramos donde habían colocado retazos de llantas y tablones para darle algo de tracción al vehículo que se atreviera a pasarlo. No se veían huellas visibles recientes. Superarlo sería todo un reto.

Resolvimos que sería necesario desenganchar el remolque con el *zodiac* para quitarle peso a la camioneta. Éramos como cinco en ese momento y con un cabo y unos travesaños hicimos un diseño para jalarlo a pulso en una maniobra digna de Fitzcarraldo (volviendo a mi pasión por los expedicionarios y aventureros) acarreando a pulso su barco el Contamana por el istmo que lleva su nombre; o de Mehmed II, pasando la flota completa por Pera para acceder al Cuerno de Oro en Constantinopla, pudimos superar el trance.

Lo complicado sería pasar la Nissan, que estaba nuevecita de paquete y cuyo dueño, Chaveta, sudaba frío. Una caída no sonaba fatal aunque sí aparatosa (unos treinta metros de precipicio con algo de chaflán de arena y piedra). Le dimos varias recomendaciones técnicas de cómo encarar el desafío de

subir esta virtual pared: poner 4x4 en *low*, acelerar sostenido, mantener la tracción, pegarse lo que pudiese al borde izquierdo que daba a la pared, no importando si rayaba espejo y puerta, sujetar con mucha fuerza el timón pues las piedras iban a golpear feo la dirección y sacarlo del camino. ¡Ah!, y ponerse el cinturón de seguridad, cosa que tontamente nunca hacíamos pues revelaba desconfianza en el piloto (¡vaya tarados!).

Nos quedamos expectantes y a buen recaudo mientras Chaveta hacía las aceleraciones previas como hiperventilando el motor para una fondeada profunda. En eso salió disparado y lo que pasó lo tengo grabado en mi mente en cámara lenta. La camioneta empezó a trepar agresivamente la cuesta dando saltos y tumbos, dejando por instantes las llantas en el aire que aceleraban sus giros frenéticamente al perder piso, el motor dando espasmos revolucionarios (léase revoluciones por minuto) y nubes de polvo y arena envolviendo el vehículo.

Teníamos el corazón en la mano. No solo Chaveta se jugaba el patrimonio vehicular, además de algunas contusiones personales, sino que estaba en juego nuestra supervivencia. Sin camioneta, ¿cómo saldríamos de allí? No éramos tan conscientes pero cincuenta kilómetros en línea recta nos separaban de la carretera Panamericana, que entre médanos, dunas, meandros y bordeos llegan a ser fácil cien. No la haces, menos si es arena calcinante. Cabría entonces la opción de arrastrar el *zodiac* por varios kilómetros más, escapar por mar y vararnos en el puerto de Hierro Perú en esa época, en Marcona.

Habríamos perdido la Nissan (el otro yo del Endurance de Shackleton en su fallida expedición del cruce antártico), acamparíamos en Punta San Fernando cerca de una formación rocosa denominada El Elefante (ojo, Shackleton se quedó varado un año en la isla Elefante), usaríamos la Pantufla de carpa (como usaron de carpa el James Caird, que como mencioné fue el bote salvavidas del Endurance) para finalmente hacer un ataque final al



puerto de San Nicolás (allí no hubieran sido necesarios Worsley ni Crean pues el tramo era corto) y regresar vergonzosamente en bus a Lima. ¡Expedición convertida en desastre!

Mientras con el corazón paralizado observábamos la camioneta forcejear embalada contra la gravedad, recuerdo como si fuera una película, cuadro por cuadro, que a medida que trepaba desesperada se encendían las luces direccionales, derecha primero, luego izquierda, luego las dos, se prendía la radio que subía el volumen al máximo y después lo bajaba, pasando de estaciones de cumbia a noticias y luego valses, también se activaban los limpiaparabrisas y se echaba agua a las lunas, aparte de cliquear luces altas y subir y bajar la antena de la radio. Sonó también el claxon dos veces en plena maniobra. Era rarísimo que, en pleno trance que no duró más de un minuto, Chaveta se pusiera a manipular tantos accesorios innecesariamente. En fin, luego de varios tumbos y saltos, la camioneta coronó el repecho y se plantó en zona segura.

San Fernando

Nos abrazamos de júbilo y subimos a felicitar a nuestro virtual piloto de Dakkar que aún tenía las uñas de las manos clavadas en el timón y las de los pies en los pedales. Cuando le preguntamos qué carajo hacía activando radio, luces, claxon y plumillas en pleno ascenso, nos aseguró que no fue intencional. Un golpe de rueda con un piedrón le arrancó el timón de las manos y mientras se zarandeaba como tripulante de tanque de guerra Panther impactado y luchaba por recuperar el dominio del timón, se le iban las manos descontroladas y en su desesperado intento oprimía controles involuntariamente. En fin, estábamos salvados, enteros y en una pieza.

San Fernando es un lugar de la costa peruana espectacular. Unas loberas y pingüineras gigantes en medio de unas formaciones geológicas impresionantes, con un océano de azul intenso: el color del agua clarísima. De noche los curiosones lobitos de mar se nos acercaban a la carpa. Igual que sus abuelos, los lobos de tierra primitivos que devinieron con la evolución en nuestras mascotas de hoy.

De lo que leí en una publicación científica, la domesticación de lobos a perros vino justamente de allí. En esos tiempos, un lobo primitivo con su jauría se almorzaba un clan humano completo. El fuego que el hombre colocaba en la boca de las cuevas los mantenía a distancia, pero más podía la curiosidad y el deseo de jugar de los lobos cachorritos que venciendo su miedo a las fogatas se acercaban y alternaban primero a distancia y luego más cerca con nuestros ancestros. Poco a poco esas actitudes de control de agresividad permitieron ir seleccionando a estos peludos que los humanos empezaron a tolerar cerca. Con el tiempo el nuevo hábito se incorporó genéticamente y allí los tenemos hoy, patas arriba durmiendo a nuestros pies y comiendo pancito de nuestras manos.

Lobos al fin y al cabo me viene a la mente mi mamá cuando nos recitaba la versión poética de Rubén Darío de El Lobo de Gubbio de San Francisco de Asís, con la historia del lobo malo que se volvía bueno y luego malo de nuevo

por culpa del hombre. Me emocionaba escuchar el poema cuyo inicio aún se me sé de memoria y que resuena en mi espíritu:

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
¡el lobo de Gubbio, el terrible lobo!
Rabioso, ha asolado los alrededores;
cruel, ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertos y daños.

Hicimos buenas faenas de pesca en la zona. En una de ellas nos acercamos a unos que estaban pinteando desde un bote. Hablamos de las condiciones del mar (lo usual: pronóstico de oleaje, hora de marea alta, pajarada, comedura, presencia de aguaje, etc.) y al final nos dijeron que mejor hubiésemos venido la semana pasada.

- ¿Por qué? -inquirimos. - ¿Estuvo bueno el mar?

- No -dijeron. - ¡Sino que la semana pasada entraron orcas! Un grupo como de tres grandes y dos crías. Estuvieron dos días dándose una panzada de jurel y caballa y por ratos querían tragarse a los lobos de mar, que ni cojudos se metían al agua. A nosotros nos miraban por un ojo fuera del agua como midiéndonos. Los espantábamos haciendo bulla con golpes de remo y baldes, pero nada. Ahí se quedaban, tasándonos. ¡Bonitos animales, eso sí! Muy elegantes de negro y blanco, pero con unos dientazos feos.

En toda la buceada no vimos ni rastro de las orcas. Sin embargo, con la sicoseada no pudimos evitar sentir el acecho constante de su imaginaria presencia. En cualquier momento podía venir el arranchón de una pierna o un brazo (estas atacan por atrás, a la desprevenida) o simplemente un cara a cara con esa magnífica bestia de las profundidades, con la misteriosa expresión de unos ojos que no se distinguen y unas mandíbulas entreabiertas en carnívora sonrisa.

Son los riesgos a los que está expuesto siempre el cazador de escama. A veces no será la feroz y temida pero grácil orca la que represente el peligro; será tal vez un tiburón tapiz, un angelote, una raya cabeza de vaca, un tiburón diamante -que es el veloz tiburón mako, que habita en el Pacífico-, un pez torpedo o raya eléctrica, una morena de mordedura infecciosa, las púas del erizo de mar o la urticante actinia, esas engañosas flores subacuáticas.

Esta enumeración de amenazas submarinas -como asegura un amigo con hartas horas bajo el agua- son aquellas que nos podrían dar un serio problema, pero la mayoría de las veces los accidentes los causan nuestra imprudencia, la angurria de sacar más pescado que el compañero, la inconsciencia de nuestro propio estado físico y emocional. Si estamos en control de esto último, verdaderamente podemos ir olvidándonos de los tiburones u orcas que es más un miedo irracional a lo desconocido y a la fama de la cual gozan estas bestias... Como si nosotros, los humanos, fuésemos hechos de pura bondad y nuestro corazón fuese de blando peluche. No, pues, no nos engañemos. Entramos al mar que ciertamente es un medio hostil por donde se mire, con un arpón de puntiaguda flecha, con una coraza sintética para proteger nuestra piel de la abrasión de rocas y erizos, con un cuchillo en la cintura y aletas, calzamos guantes, vamos premunidos de un punzón de acero con el que matamos y ensartamos a las presas con movimientos de asesino que nos viene desde la noche de los tiempos y la oscuridad de la prehistoria... ¿Entonces, a quién temer? No le falta razón a mi amigo.



Embistes, vuelcos y sustos

Estos no debieran suceder pero suceden, por más práctica y experiencia que se tenga. Por embistes me refiero a esos segundos críticos entre que se mete el *zodiac* al agua, se avanza rápido y se logra superar las olas y quedar en zona segura detrás de ellas. Dependiendo del estado del mar, el tipo de oleaje y la pericia de la tripulación, puede ser una maniobra de rutina o una completa sacada de madre. Lo usual es que apenas el agua tenga algo de fondo se suba el que se encarga del motor, lo arranque y lo tenga listo para largarlo buscando llevar la embarcación mar adentro. Mientras tanto, su compañero sujeta la proa para mantenerla alineada de modo que las olas que vienen lo golpeen de frente y no volteen el bote.

Apenas se percibe la calma y se calcule que con un ataque rápido se pasarán las olas mientras son tumbo, el del motor da el aviso, el de proa se sube tan

rápido como pueda, se acelera a lo que dé y se reza para pasar los tumbos. Si el cálculo de oportunidad, velocidad y predicción de conducta de la ola son correctos, se llega a zona tranquila sin problemas.

Si no..., pues pasa lo que les cuento. Entrando en una playa remota por Casma, me puse a sujetar la proa mientras el Flaco se encargaba del motor. Nos acompañaba Mario desde la playa, magnífico amigo y fotógrafo profesional de alta resolución, con una enorme sensibilidad para anticipar torpezas y tener preparado balance de apertura, velocidad y ángulo, para capturarlas oportuna y magistralmente.

Un rápido cálculo de los mencionados vectores nos dio luz verde para el ataque, me subo a la volada y me instalo bien agarrado a proa mientras el motor elevaba rápidamente revoluciones y nos lanzaba a embestir lo que segundos antes era un tumbo y que, en un abrir y cerrar de ojos, se había convertido en una amenazante pared.





O falló el motor o falló el cálculo -no importa pues con uno basta- la cuestión es que la ola ya estaba a punto de caernos encima y no es necesario ser Newton para comprobar que la altura de una ola multiplicada por su ángulo de inclinación multiplicada a su vez por la velocidad del *zodiac* genera un efecto catapulta que lanza al aire lo que se encuentre a bordo, sobre todo a la persona que se encuentre en la proa, de acuerdo a la fórmula que me permito proponer:

Catapulta = Altura de ola x Ángulo de inclinación x Velocidad del *zodiac*

Salí despedido dando volantines en el aire para caer al agua como un bufeo fuera de práctica. Apenas emergí, vi que el bote milagrosamente había pasado la ola. Luego supe que el Flaco, en el último momento se había lanzado del bote y, lejos de zafar, había dado un heroico empujón por el pontón para ayudarlo a pasar la pared de agua, tal como queda fehaciente y debidamente acreditado por la respectiva fotografía que acompaña esta



publicación. ¡Aplauso al Flaco por salvar la nave y aplauso a Mario por la espectacular foto!

Paso a otra anécdota. El Flaco y Cherno -otro acompañante eventual y entusiasta- andaban constantemente en un divertido contrapunto de bromas y puyas. Algunas livianas como burlas y motes y otras pesadas, como aquella donde el Flaco empujó a Cherno de la chalana, sin darse cuenta que este tenía los plomos en la cintura pero no tenía puestas las aletas, con lo cual empezó a suplicar por ayuda pues sin estas no hay como mantenerse a flote y tampoco darse impulso para subirse al bote. Entre risas y esfuerzos hubo que izar los más de cien kilos de este desalentado cetáceo desaletado.

En otra, Cherno acababa de subir al *zodiac* luego de una buceada larga y sacó del *igloo* una botella de plástico grande de agua con gas helada y empezó a tomarla a borbotones. El Flaco se acercó sigiloso y le dio un rápido y sólido "aplauso" a la botella con lo cual salió de ella un chorro de agua a potencia que se le metió a Cherno por la boca... y le salió con el mismo caudal e intensidad por las fosas nasales, como dos toberas de *jetski*. Puedo asegurar por comprobación propia que existe una conexión faríngeo-naso-bucal de flujo directo y amplio. ¡Increíble! Bueno, hasta allí ya iban dos a favor del Flaco. Cherno cero.

En el embiste que contaré ahora se equilibraron las cuentas. El Flaco y Cherno se embarcaron desde la playa de Barrancadero a una excursión cercana en el *zodiac* de este último. Cherno al motor de 15 caballos de fuerza y el Flaco cogiendo el asa de proa para alinear el bote hacia las olas, esperando el momento de la breve calma para a la voz de ¡Ahora! treparse y meter fuerza al acelerador para pasar los tumbos.

Al parecer hubo entre ambos diversidad de opiniones de cuando lanzar la voz que daba inicio a la acción. La cosa es que Cherno metió motor,

el Flaco apresuradamente se trepó de panza por la proa y se enfrentaron directo a un engañoso tumbo que al poco ya mostraba su encrespada pared. Dieron el embiste, Newton no perdonó y la catapulta provocó un salto masivo de arpones, boyas y plomos, en un estado de ingravidez que pareció una eternidad (siempre como Kung Fu Panda, en cámara lenta). Parte del material volador era una caja de plástico duro, pequeña pero pesada, marca Pelikan, para llevar herramientas. Revoleó por los aires y le dio directo un golpe en el incisivo superior izquierdo del Flaco que lo dejó como la Chilindrina y hablando con un seseo medio español. ¡Pobre Flaco! Contablemente las cuentas quedaron empatadas, gracias más a la fuerza del destino que a la acción voluntaria del que venía rezagado.

Luego de narrar mis desmadres por embistes vienen los vuelcos. Nos embarcamos desde Asia a las islas con el magnífico y nuevo *zodiac* marca Achilles que Chaveta nos prestó, pues él no participó de la salida. El mar estaba bueno y nos anclamos frente a unas paredes de la cara norte, en un punto donde se formaban tumbos. Lo que siempre hacíamos era anclarnos y esperar un rato para comprobar si la zona era segura: jalar el ancla para que trabase bien en el fondo, ver si los tumbos no nos rompían cerca como ola y demás. Como yo estaba ya cambiado y listo, me tiré al agua mientras mis compañeros se preparaban. El agua estaba clara y los bajos aparecían a partir de los siete metros. En mi segunda bajada atravesé un cabrillón, que se los mostré entusiasta.

¡Craso error! Al ver mi pesca se apresuraron, pasándose por la entrepierna el procedimiento de espera y verificación de anclaje seguro antes mencionado y se tiraron al agua mientras escuché que el Flaco le decía a Cherno - ¡Asegura bien la soga del ancla! -Al parecer precisamente allí estuvo la causa de lo que se vendría.

Continué mi pesca y de cuando en cuando veía el bote forcejear pues por momentos el mar se retiraba y recogiendo harta agua formada una ola

inversa. Pero no veía problema. Un bote sujetado al cabo por la proa se alínea siempre de punta a lo que viene y pasa sin problema. Como a la hora me trepé al bote para descansar y calentarme algo.

Sentado en el pontón comiendo un Sublime con galletas de vainilla bajados con Coca Cola (¡burp!), siento el sonido del mar retirándose con fuerza y formarse la consabida ola inversa. Sabía que era normal y aunque impresiona algo, al final el bote se alínea y supera el muro tranquilamente. Pero el bote no se ponía de proa y continuaba de borda a la ola. Esta finalmente se empinó y el bote terco con quedarse de lado, como el barco de la película Poseidón. Cuando el cabo del ancla tensó, hizo palanca lateral contra el bote y la fuerza lo inclinó violentamente y antes de caer al agua de espaldas pude ver que el cabo estaba atado a la proa pero tenía un segundo amarre a una de las agarraderas laterales, como comprobamos después. En otras palabras, el bote esta sujetado al ancla por una oreja, no por la nariz. Eso no es bueno ni para toros ni para botes.

Emerjo del agua y veo que el *zodiac* mostraba un caparazón negro y una especie de ridículo ventiladorcito atrás. - ¡La cagada, se nos volteó el bote! -grité. El caparazón era el fondo de jebe y el ventiladorcito era la hélice del motor fuera de borda, como el de esos deslizadores que surcan los Everglades en Florida pero en tamaño personal, o como el que llevan algunos taxistas dentro del auto y que no refrescan nada. Todo al agua, avería mayor. Llamé a mis compañeros que llegaron presurosos. Perdí arpón, una aleta y plomos. Los demás menos mal nada pues lo tenían todo puesto. El problema era el retorno y el daño al motor. Lo primero no lo era tanto pues teníamos remos y los dos kilómetros a la playa se cubrían con facilidad. Lo segundo sí. Sobretodo cuando el motor no era tuyo.

Enderezamos el bote y antes de tomar control de la situación, obviamente empezamos con lo que no debe hacerse en una crisis: buscar culpables. Luego de un equilibrado intercambio de recíprocas increpaciones

(tú amarraste el bote por la oreja, tú debiste darte cuenta cuando te subiste, tú a cada rato te olvidas, por qué tengo que hacerlo todo yo, la vez pasada fue igual, y otras ridiculeces que empresas y autoridades siempre exhiben), se declaró el triple empate. Pasando ahora sí a resolver el problema, el Flaco levantó la tapa del motor y con el kit de herramientas de la caja Pelikan sacó las bujías y estuvimos por turnos jala que jala el arrancador manual para que se muevan los pistones y vayan secándose. Luego de una hora en este trámite que hace doler la mano arrancó el bendito con algunos estornudos y un mínimo inestable pero que en alta tenía ritmo.

Antes de enrumbar a playa nos acercamos a un pequeño bote de recreo que desde que llegamos a nuestro punto de pesca lo habíamos visto y que fue testigo a no más de cien metros de nuestras penurias. Testigo pasivo e indiferente pues se ganó con todo el trance y no pasó ni por su mente ni su corazón auxiliarnos. Nos acercamos para darle nuestro “saludo y agradecimiento” por la solidaridad demostrada pero ya cerca reconocimos que era pariente. Que conste que no por mi lado. Un auténtico hijo de puta con balcón a la calle. Nos fuimos sin decirle nada. Pero él sabe que sabemos y eso queda siempre registrado en la bitácora personal de los navegantes. Si hay justicia en el cielo, si es que va, ya San Pedro se la cobrará.

Ya en playa, Chaveta nos recibió y tuvimos que darle la mala noticia, acompañada obviamente de la promesa que el motor se reparaba íntegro a costo nuestro. Chaveta metabolizó el hecho y encajó una sonrisa resignada mientras podía leerse lo que pensaba: - ¡Qué manga de huevones! - Por suerte el motor quedó reparado y como nuevo. Obviamente a costo de los tres chiflados.

Otra cosa son los sustos, como el que esta vez protagonizó Chaveta en Quilca, no recuerdo bien en cuál de los viajes. Me lo contó a pocos minutos de ocurrido, con los ojos como platos que se le salían de la máscara que aún mantenía puesta. Corrían las épocas del Fenómeno del Niño y con el mar

caliente el pescado escaseaba. Había sacado un viejón y, mientras la tenía sujetada en la varilla ya en la superficie, un miura marino le pasó por sobre el hombro izquierdo y lo empujó hacia abajo mientras sus agresivas fauces se clavaban en el lomo del pez. Un lobo macho y viejo, renegado de su manada y reemplazado por otro más fuerte y cumplidor con su gineceo, débil para pescar y mañoso para robar, vio en la captura de Chaveta el almuerzo del día y aplicando potencia como un torpedo le enfiló directo y sin modales.

Arranchada la varilla de sus manos, Chaveta aferró con fuerza su fusil Titan. El lobo se sumergió rápidamente con la vieja entre los dientes, jalando con la driza al arpón y este a su dueño. Los 120 kilos de Chaveta no podían competir contra los más de 300 del lobo, aún cuando la hidrofisonomía de ambos era similar. Su reacción de intentar detener la fondeada le fue absolutamente estéril (- ¡Era una fuerza indetenible! -afirmó) y no tuvo más remedio que soltar el arma en aras de no exponerse a un riesgo complicado. ¡Decisión de segundos, decisión sabia! Resultado: susto mayúsculo, pérdida del legendario arpón y rabia de buzo.



Barquero de La Viuda

Llegamos a Chimbote al atardecer para dormir allí, salir temprano a Los Chimus y pescar en la isla La Viuda, que no está lejos de la costa. Apenas amanecía y ya estábamos en la playa, buscando contratar un botero -un barquero hubiera dicho Homero- para que nos lleve. Neblina densa y al piso que no dejaba ver nada pero al rato se disipó cuando calentó algo el sol. Pocos botes y poca gente. Mientras esperábamos para contactar a uno, vimos un chalanero que, culminada su faena, remaba solitario para vararse en la arena. De espaldas a proa, se le veía confiado y experto pues con un solo vistazo inicial ya sabía que se aproximaba recto hacia la orilla.

Lo curioso fue que, en lugar de esperar que un tumbo lo pase para luego remar rápido detrás de él para ir seguro y con agua hasta la arena, se corrió una ola medianita, compensado con los remos para mantener la

línea, a la vez que agarraba una velocidad de aproximación superior a la recomendada. Las chalanas son pesadas y apenas tocan fondo meten un frenazo que tiran a proa todo lo que esté a bordo. Incluido el tripulante. Dicho y hecho. El bote venía con viada y cuando tocó fondo se paró en seco y el botero salió despedido de espaldas a proa... donde había un enorme rizón (también llamado “muerto”), que son esas anclas artesanales de tres puntas afiladas y recontra oxidadas hechas con varillas de fierro de 3/8 para enganchar botes, redes o lo que se desee tener bien fijado.

Pues bien, el botero cayó estrepitosamente directo al rizón, quedándole la cabeza afortunadamente encajada con las puntas pegadas al lado de cada oreja y de la crisma, sin tocarlo por escasos centímetros. ¡Gracias, Dios! Unas pulgadas de desvío y las puntas le habrían atravesado limpiamente para salir por boca y ojos. ¡Eso sería de terror!

La playa fue testigo y -de acuerdo al deporte nacional de tomar a broma cualquier accidente sin consecuencias- todo el mundo aplaudió muerto de risa y siguió en lo suyo.

Nos tomó un tiempo contratar un chalanero hasta que finalmente lo hicimos con uno joven que estaba dispuesto. Nos embarcamos rápido pues se nos había ido ya parte de la mañana y justo la neblina empezaba a bajar de nuevo. Navegamos unos quince minutos en lo que creímos era un tramo recto, sin ver más allá de veinte metros, cuando el botero hizo un marcado giro a estribor en noventa grados. No dijimos nada. Obvio que el tipo conoce su oficio y su ruta. Estuvimos unos diez minutos más y otro giro de noventa grados a estribor. Empezamos a dudar de sus competencias náuticas pues dos giros a la derecha significaban retorno a tierra. Ciento ochenta grados. No hay que ser marino mercante, navegante de regata o ingeniero. Le inquirimos si estaba seguro de lo que hacía y con un tono más que confiado nos avisó que llegaríamos a La Viuda en un par de minutos.

Empezamos a escuchar oleaje de rompiente y entre la espesa neblina apareció un roquerío agreste, negro y misterioso, que poco a poco empezaba a revelar sus formas hasta que entre ellas divisamos... un gigantesco letrero de cemento de Inka Kola. La de sabor nacional. ¡El despistado nos había regresado a tierra! Se ganó su buena puteada, pues también nos pudo haber metido mar adentro. Con un galoncito de combustible y neblina cerrada, ese baile se puede poner bien feo. La idea era ir a pescar a La Viuda, no dejar viudas a nuestras esposas.

Al final encajamos el problema. Nos propuso hacer un segundo intento a la isla pero antes debía recoger combustible y cobrarnos más, pero ya la misión estaba atrasada, salada y abortada, de modo que nos dispusimos a regresar a playa.

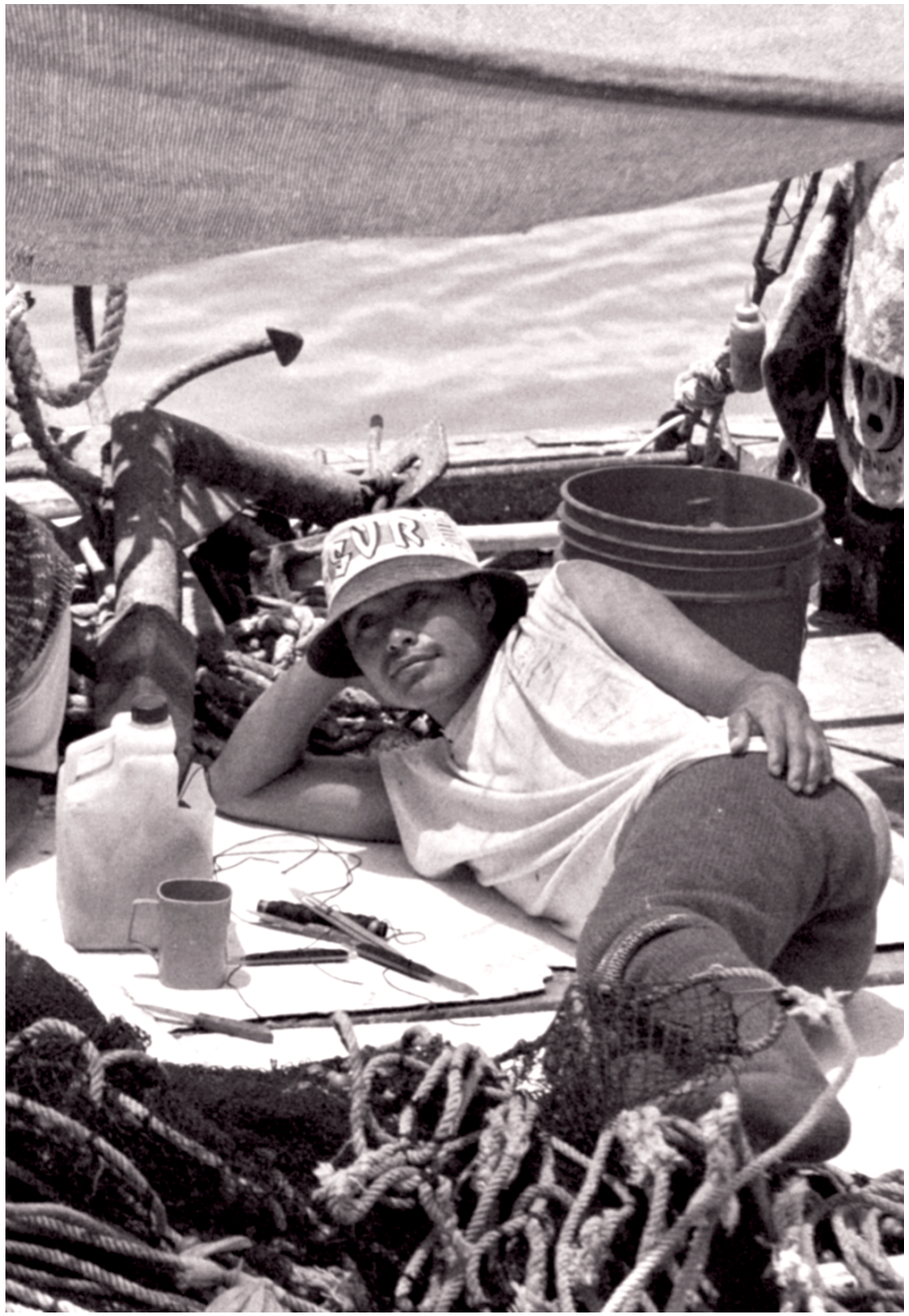
En el trayecto vi que el botero se sobaba con frecuencia la parte de atrás del cuello, poniendo expresión de dolor, mojando un trapo y pasándoselo repetidas veces, como que le molestaba la zona. Le pregunté si tenía algo en la nuca y me dijo: - ¡Sí, chesumare! Me fuí de espaldas a la hora de vararme y me dí un porrazo contra el “muerto” que por poco me mata. ¡Todavía me duele como mierda!

¡De no creer! Sin saberlo habíamos contratado al chalanero de la accidentada varada con olita. El hombre del rizón, que por poco se parte la crisma, era nuestro piloto.

Pero la cosa no quedó allí. Al llegar a la playa nos esperaban un señor mayor con cuatro muchachones (con pinta de los que pegan y no avisan, como decía Nicomedes). Era el dueño del bote que le había encargado a nuestro botero que lo traiga de la bahía y lo deje en la orilla. El muy vivo, al ver que le pedíamos que nos lleve a La Viuda, vio la oportunidad de “hacerse una carrerita” con bote ajeno, sin permiso y sin saber navegar. Lo agarraron del cogote y lo sacudieron un rato. Tuvimos, eso sí, que explicarle al dueño

rápido y firme que éramos simples pasajeros y que no teníamos cómo diablos saber de quién era el bote. La redondeamos con unas disculpas con lo cual acabó en apretón de manos y buenas noches los pastores. Al muchacho le advirtieron que no se aparezca más, le dieron una patada en el rabo que lo hizo saltar y lo soltaron.

Lo vimos más tarde en el malecón con unos amigos comiéndose una raspadilla y contándoles divertido su granujada de la mañana. Al vernos, nos gritó cachaciento: -Ya pe, tío. ¡Págame el paseo! -Arrancamos a corretearlo pero en segundos ya había desaparecido. Llegué a verlo parado observándonos como una suricata sobre un bote, luego en un segundo sobre una peña y otro segundo después sobre el muro del malecón. En la primera amenazante se pasó el pulgar por el cuello, en la segunda nos mostró el dedo medio y en la tercera alzó los brazos y nos agitó los índices. ¡Un encanto el capullo este!



Pináculo

Mecano empezó a bucear ya mayor, pero en su incontenible energía y obsesión al poco tiempo ya tenía equipo completo con bote, carreta y camioneta. Usaba un arpón gigante al que sumaba un Mini Sten que llevaba en la pantorrilla (como Sonny Crockett de Mami Vice) y dos cuchillos tipo Rambo en sendos riñones. Era una mezcla del Depredador (por el variado armamento) y el Monstruo de la Laguna Negra (por el aspecto). Me había advertido -no sé si en broma o en serio- que le disparaba a todo aquello que se moviera bajo el agua. Con este gentil preaviso, yo me cuidaba de andar a mínimo 150 metros de distancia de él, aunque una vez me encontraba sumergido en la boca de una cueva y sentí una sombra oscurecer mi campo visual.

Pensé que sería una mantarraya que nadaba sobre mí lentamente, pero no. ¡Era Mecano! Me inmovilicé y me dejé ondular por la corriente para mimetizarme como un sargazo, para así pasar desapercibido y no captar su atención. Ha debido ser la apnea más larga que haya tenido y mi *medulla*

oblongata debió pasar a *medulla cuadrata* hasta que poco a poco fue alejándose este ser lleno de puntas y armas letales y, cuando lo perdí de vista, recién salí a respirar a la superficie.

Ya en el bote le pregunté si me había visto debajo del agua y me respondió que no. También negó que le disparaba a todo lo que se moviera bajo el agua. - ¡Eso te lo dije en broma, sonso! -me dijo riendo. Pero los pescadores somos mentirosos: decimos que sacamos harto pescado y salimos apenas con un misio par. O tuvimos un percance serio y no se lo contamos a nadie. Para que no nos quiten el permiso.

En una salida memorable con Mecano fuimos a las Islas Huampanú, embarcándonos desde Las Salinas de Huacho. Creo que ya he descrito esa excelente zona de pesca. Me acuerdo que me acerqué a un callejón que se hendía en una isla al que se entraba por una boca como de cinco metros de ancho y que continuaba en una furnia a la que no convenía acercarse mucho. Empecé a explorar el callejón por la entrada y como los tumbos venían sin fuerza me fui introduciendo. Como a la mitad del recorrido bajé y a poca profundidad avisté un impresionante cardumen de chitas: unas cincuenta o más, apretujadas y sobándose los lomos entre ellas. Y eran de cinco o seis kilos para arriba, con sus jorobas, sus plateados iridiscentes y su clásica expresión de empinchadas.

El efecto protector del cardumen ante un predador es que uno se queda literalmente aturdido sin saber a cuál atacar, en este caso, dispararle. En aras de buscar la más grande... entre que eliges, esperas, descartas, decides y apuntas tuve un error de principiante: apunté a una que estaba más lejos de lo que había calculado y el disparo se quedó corto. El agua tiene un efecto lupa, agranda visualmente las cosas y las acerca engañosamente. Al revés que los espejos retrovisores, de modo que el tiburón que viene por ti es en realidad un poco más pequeño de lo que parece. Un poco nomás, eso no ayuda mucho.

Las chitas dieron un unísono sacudón al ¡zoc! producido por el culatín golpeando el cabezal del arpón al ser disparado, pero se quedaron en el punto. En la superficie, avancé hacia el interior del callejón para caerles encima. Bajé y seguían en el mismo lugar: muy apretujadas, apechugando lomo con lomo, colita con colita. Me acerqué bien, decidí a cuál darle y listo: chitón a la traba.

Me apuré en silenciarla pues las chitas hacen un ronquido cuando están heridas (algo así como que frotan las placas de los dientes faríngeos que se amplifica con la vejiga natatoria) y me consta que les sirve de aviso de peligro a sus compañeras, que se mandan mudar apenas escuchan esta solidaria señal. Siempre me quedó la duda si el restaurancito que estaba antes de Chincha por el peaje de Jaguay y que se llamaba El Grito de las Chitas era por esta circunstancia anatómica o por la mona Chita de Tarzán. Ojalá haya sido por lo primero, pero sigue siendo un enigma.

Bajé rápido por la segunda y de nuevo, otro ¡zoc! y chita a la traba. Por más que roncaban las víctimas, las chitas seguían en la sobadera. Posiblemente estaban en temporada de apareo y no se iban en distracciones.

Me sumergí para ir por la tercera y en eso un tumbo grande me lleva planeando sobre el fondo, acompañado de mi comparsa de chitas. En la superficie comprobé que estaba ya en el fondo del callejón, pegado a la caverna de la isla. No es situación complicada pues el mismo tumbo llena el callejón, te sube unos metros y te baja después. Cuestión de esperar que pase esta corta braveza. - Será un repunte de llena -pensé. Y seguí con mi pesca puesto que el sitio estaba buenísimo.

Pero la braveza no bajó sino que los tumbos entrantes empezaron a golpear como ola reventada. Un tumbo te mece, una ola reventada te revuelca. De modo que esperé un sajido que pusiera el mar calmo para con una aleteada de potencia salir por la boca del callejón a mar abierto, donde las olas no golpeaban. Suena dramático, pero no lo es tanto: es una situación que se



presenta con frecuencia y hay que estar tranquilo y aprovechar el momento de la salida. Cualquier buzo tiene muchos episodios como estos y los toma como eso: episodios y no como situaciones límite. Más asustado he estado con una *morey* ante una racha interminable de olones. Más miedo me dan los peligros que enfrentan los tablistas que los buzos.

Pero el momento de salida no llegaba. Luego de cada ola buscaba alcanzar la puerta del callejón pero una nueva me llevaba para adentro. Sin violencia pero como diciendo - ¡Aquí te me quedas, papito! Ya tenía en ese trance por lo menos quince largos minutos y pasé al plan b: si no puedo salir por la boca pues me trepo a la peña y allí espero. Reculada justa y necesaria.

Enganché mi arpón y el cinturón de plomos a la driza de la boya y solté todo. Aunque me daba un chance de recuperarlos sinceramente los daba por perdidos, junto con mis chitas. Me saqué las aletas y las lancé a un escalón. Con el traje puesto y sin plomos, uno flota como un corcho. En ese estado

emprendí el ascenso a la peña, que era según aprecié una bien formada pirámide con algunos planos donde ubicarse.

Logré subir como al tercer intento pues las olas me sacaban del punto elegido pero una vez allí ya estaba seguro. Ahora a esperar que el mar bajara y caminar por mi peña hasta la boca del callejón. De allí a nado hasta el *zodiac* de Mecano, fondeado a unos doscientos metros. Adiós equipo, pero a ese callejón no me metería de nuevo por nada. Pero el mar, lejos de bajar, empezó a ponerse más bruto. Las olas en cresta rompían en mi salvadora pirámide y debía estar atento al acarreo de agua que baja con la reventazón pues trae fuerza y se lleva a los pinteros con canasta, perrito y todo. De modo que a cada olón yo iba subiendo más y más. Hasta que llegué a la cúspide de la pirámide.

Un perfecto pináculo: bien proporcionado, como un pequeño altar, que coronaba el macizo piramidal que constituía la irregular isla y que su altura máxima estaría a unos doce metros sobre el agua. Bien empastado de guano seco pues a esa zona solo le caía deyección de guanayes, piqueros, zarcillos y sol. Por la altura no le llegaba el agua para lavarlo. Acompañaba el escenario un lobo casi momificado, bastante muerto hacía meses, que ya olía poco y me mostraba inofensivo una dentadura a través de sus rotos pellejos mandibulares. El lobo había hecho de ese simbólico punto su altar de partida al más allá.

Una rápida evaluación me permitió presumir que entre el guano reseco y el lobo muerto, a esa zona no le llegaba el mar ni por ola reventada ni por nada, pues la roca estaría lavada de guano y el lobo habría sido arrastrado al mar y desintegrado en el proceso circular del carbono.

Habría pasado media hora desde que me varé en este islote y tenía buen rato en el pináculo donde más no se podía subir. En eso vi venir La Ola. Precedida de una falsa calma, el mar había concentrado todo su enojo



ancestral contra la cordillera (recuerden que el mar se la debe con eso de yo roca, tú agua), como queriendo de una vez resolver sus incompatibilidades, abandonar esas engañosas caricias que solo la paciencia termina por doblegar a la montaña y mandarle un brutal golpe. Decidido, demoledor, terminal, con un - ¡A ver si así te arrimas más allá, donde perteneces! -para que la isla rocosa responda - ¡Aquí te espero! -Y yo, al medio.

La cosa es que la gigantesca ola reventó con toda su energía en mi refugio y levantó una espuma que me obligó a asirme de la peña como pude. Sentí que el interminable diluvio buscaba remover toda la pirámide pero esta no cedió. Se mantuvo incólume, inamovible. Yo también pude, a duras penas, mantenerme bien sujeto a la roca.

Eso sí, la ola lavó por completo la peña dejándola sin rastro de guano. De paso, se llevó al lobo momia. De modo que ese debió ser el peor oleaje en los últimos meses, o del último año, pues si hubiera habido otro anterior

la roca hubiera estado limpia de guano y de lobo.

Vaya susto, me dije. Pero tocaba ahora concretar la salida, caminando hacia la boca exterior del callejón y ya en aguas abiertas nadar al bote. En eso estaba cuando percibí el silencio que trae el mar calmo. En la superficie se mecían unas alegres olitas, como si movieran la cola por la travesura que acababan de hacer, fingiendo amistarse conmigo e invitarme a retozar de nuevo con ella. Observé desconfiado y de verdad el océano estaba plano y tranquilo. Ya a punto de lanzarme al agua por la zona segura de la boca del callejón, me dio curiosidad de ver en qué había acabado mi equipo y mis chitas. Me acerqué y la driza estaba anudada en cien rizos, totalmente revuelta y enganchada en choros y picos de loro y recontra enredada en el fondo rocoso en un nudo gordiano de arpón, plomos, chitas y demás.

Confiado en la amable actitud de este mar luego de sus furias, como las parejas que amistadas se ponen tiernas después que se han tirado los platos por la cabeza, me calcé las aletas y me metí de nuevo al centro de callejón. Con paciencia, cautela y muy atento por si venían olas, fui desenredando y desatando hasta que pude liberar la driza y recuperar equipo y chitas.

Lentamente fui saliendo del callejón. El mar, como arrepentido del maltrato anterior, me ayudaba con suaves corrientes a salir sin sobresaltos. Aparte de algunos quiñes en el arpón, tajos en el pellejo de las chitas y en mi traje, el balance era positivo. Tanto que me pareció escuchar al mar que en susurros me proponía regrese al callejón pues el cardumen chitero también había regresado a continuar su festín reproductivo. Esos son cantos de sirena, me dije: -¡Ya estuvo bien por hoy!

Cuando subí al *zodiac*, ya estaba Mecano en él. Tenía una cara de espanto que asustaba al susto mismo. Y no era por lo que me acababa de suceder a mí. Pero esa es otra historia.

Mecánicas nocturnas

Mi *partner* de pesca Mecano tenía un gran magnetismo... para atraer episodios insólitos que evidentemente no escapan de mi memoria.

Nos embarcamos desde Ancón en su *zodiac* al empezar una noche para bucear en Pasamayo. A la mitad de la navegación de ida falló uno de los dos pistones del fuera de borda (al parecer escupió una bujía pues al verificar esta había desaparecido) y nos fuimos a media potencia rezando para que no falle el otro. Lo sensato hubiera sido regresar a Ancón pero nos perdíamos la jornada, aunque sin motor habría que remar de regreso por horas y alejados de la costa: la Base Naval está fuertemente resguardada y si vararse de día no es recomendable, de noche menos.

Llegamos al punto previsto de pesca en Pasamayo, que es una extensa elevación de arena que se inclina al océano, anclamos el bote y antes de entrar al agua divisamos entre las sombras de la playa algunas luces de mecheros y linternas y bultos moviéndose. Cuando ajustamos más la vista, comprobamos que era un bus interprovincial que hacía dos días se

había precipitado trágicamente al abismo. Conectamos rápidamente con las noticias que habíamos leído que daban cuenta de 44 ocupantes de los que habían recuperado los cuerpos de 39, de modo que aún cinco estaban desaparecidos... muy probablemente en el agua.

Comprenderán que la buceada fue absolutamente paranoica. Dentro del limitado campo visual de la máscara de buceo y de la luz de la linterna, cualquier forma, reflejo, sombra o perfil se insinuaba como uno de los desdichados que horas antes, bien arrellanados en sus asientos aprovechando el viaje para dormir, eran sacados de su sueño para entrar a la peor pesadilla: la que se vive despierto.

Tenso como una cuerda de piano, no disfruté para nada de la jornada y para mala suerte no pesqué nada, aunque bien mirado fue afortunado que fuera así. Ya en casa, en la previa al sueño donde se recogen los últimos recuerdos del día y el cerebro inicia el procesamiento onírico destinado a borrar unos, fijar otros, metabolizar los de fácil digestión, subliminar los de difícil y llevarlo todo al inconsciente en formato surrealista, me quedó rondando la idea de tiburones que devoraban náufragos en desgracia y lenguados que lo hacían con pasajeros accidentados. Quien se empujara una sopa de aleta del primero o un tiradito del segundo, se estaría atravesando de paso a un prójimo en formato de canibalismo mediato. Antes de caer en sueño profundo mi liberadora conciencia me exculpó pues no pesqué nada esa noche. De paso exculpó al lenguado, que como depredador que es solo se alimenta de animales vivos.

Aprovechando que relato las jornadas con Mecano, recuerdo una que fue realmente cómica. También de noche y por las islas de Ancón, ya en el agua buscando lenguados, siento que me tocan el brazo: era Mecano que me avisaba que se le había malogrado la linterna y no tenía cómo pescar. Le propuse que nos turnáramos la mía, de modo que quince minutos la usaba yo y luego se la daba a él por otros quince minutos. Asintió y dado que yo

empezaba continué mi pesca. Al poco rato, otra tocada de brazo de Mecano.

- Me aburre la espera -me dijo. - ¡Mejor la compartimos a la vez!

Le transmití mis dudas sobre eso si funcionaría y me aseguró que sería bastante fácil. De lágrima de mujer, cielo serrano y cojera de perro no has de creer. Agrego: de promesa de pescador, tampoco.

Bajamos juntos y yo con la linterna trataba por equidad de alumbrar en su zona. Era una buceada en formato atípico y como a la tercera bajada, Mecano empezó a impacientarse y asir mi mano izquierda para proyectar la luz hacia su lado. Se lo permití por un rato hasta que jalé para el mío, pero otra vez el jalón de Mecano hacia el suyo. Subimos y le insistí en los turnos, pero indicó que así estábamos perfectos.

Dos bajadas más y ya la fórmula evidentemente no funcionaba. Apenas llegábamos al fondo empezaban los recíprocos forcejeos para jalar la luz hacia el lado de cada uno y lo que concedí inicialmente como una cortesía me pareció que él equivocadamente lo estaba tomando como debilidad de carácter. Entre que exigía y cedía me empezó a faltar el aire e intenté ascender... pero tenía su manaza aprisionando mi izquierda con la que blandía la linterna y no me dejaba subir: mi obsesivo compañero -que aguantaba la respiración mucho más que yo (como el Monstruo de la Laguna Negra)- me iba a fondear.

No tuve otro recurso que usar mi afilada fija como arma defensiva y pincharle repetidamente el antebrazo para que me suelte, lo que finalmente hizo después de recibir varios hincones. En la superficie, renegociamos y regresamos a la sabia fórmula de los turnos. No sé si pescamos algo esa noche, lo que sí es que todo el viaje de regreso la pasamos desternillados de risa y repitiéndonos que algún día la contaríamos. Bueno, después de unos 25 años, estoy cumpliendo con ese compromiso.

Física subacuática

Me he permitido incluir en estos relatos algunos que tienen más de científico que de anecdótico. Creo pertinente subrayar algunas particularidades de este tan cotidiano como maravilloso elemento que es el agua. Así como es virtualmente un milagro encontrar agua en estado líquido en el universo, hay otras características realmente interesantes también.

La primera la descubrí en un fondo rocoso que tenía bien identificado entre las islas de Barrancadero. Alfombrado de tóxicas actinias y punto de encuentro frecuente de cabrillas, me llamaba la atención una condición visual extraña: el agua se veía como aceitosa, como caliente, sin que esté ni lo uno ni lo otro. Una especie de ondulación leve e inexplicable. Siempre lo veía, a veces con más intensidad y extensión, a veces menos, pero siempre en el preciso sitio.

Pasaron varios años y un día veo un programa de Discovery Channel sobre formaciones submarinas conformadas por chimeneas volcánicas por donde manaba agua dulce procedente del subsuelo oceánico. Grande fue mi sorpresa cuando ví que el contacto del agua dulce con la salada, producía exactamente el mismo efecto visual.

Apenas pude hice mi comprobación técnica: vertí un poco de agua dulce en una botella de vidrio con agua de mar...y ¡bingo! El agua entrando como aceitosa y caliente explicado por la mayor densidad del agua de mar respecto de la dulce. Lo interesante es que había descubierto un puquio submarino del que afloraban aguas subterráneas procedentes de la cordillera. Para una mente simple como la mía, eso era un descubrimiento emocionante.

La segunda es tan o más fascinante y tiene que ver con Arquímedes, su descubridor. Voy al punto: en el agua flotas o te hundes dependiendo si el peso del volumen de agua que tu masa ocupa (la que desplazas, se entiende) es menor o mayor que el peso de tu cuerpo. Un martillo pesa mucho más que el volumen del agua que desplaza y se va al fondo. Un barco, por su forma, desplaza tal volumen de agua que esta “agua desplazada” pesa más que toda su estructura y carga. Si el barco hace agua e incorpora más peso del que desplaza, se va al fondo. Como como el Titanic o el Lusitania. O el Wilhelm Gustloff, donde en 1945 murieron tres veces más desventurados que la suma de los dos anteriores.

En piscina, una buena inspirada te ancha el perímetro algunas pulgadas cúbicas y te hace desplazar más agua que sin dicha inspiración, lo cual hace que flotes. Botas todo el aire, se achica el perímetro torácico, reduces el desplazamiento de agua y te vas al fondo. En las buceadas a pulmón el cinturón de plomos representa cerca al diez por ciento de nuestro peso corporal para compensar la tendencia a flotar por densidad propia y la que agrega el traje de neopreno, que es un tejido de miles de micro globitos que justamente aíslan del frío.

A medida que nos sumergimos, progresivamente todo el cuerpo empieza a comprimirse por la presión circundante del agua: las cámaras de aire en los oídos (para lo cual hay de descomprimir botando aire por la nariz cubierta por la máscara), la caja torácica (intente respirar, si puede, a un metro de profundidad con manguera directa a la superficie), el traje de neopreno (se comprimen las miles de bolitas de aire)... y el efecto de pasados los ocho o nueve metros te has comprimido lo suficiente como para desplazar menos agua de lo que pesas y te vas al fondo sin aletear, como un plomo. Como que pasas de globo a martillo, exagerando. De modo que se ahorra energía para bajar, pero costará más esfuerzo subir. Los profundistas de peso constante -que superan los cien metros- bajan en caída libre sin esfuerzo, el reto es en el ascenso en donde hay que meter harta aleta.

Lo que me interesa resaltar es que observar un pez a media agua en mar o pecera, en flotabilidad estática y totalmente neutra, es casi otro milagro. Estar inmóvil como malagua a media profundidad, sin tender a flotar o a hundirse mínimamente, requiere un ajuste milimétrico. Pruebe en una piscina con una botella de vidrio con tapa hermética (las de Gatorade sirven perfecto), combine la cantidad de agua y aire exacta para que quede sumergida y estática a medio fondo y que ni suba ni baje. Le tomará varios minutos llegar a la proporción precisa -si es que llega- pues un gramo de más o de menos hará descender o ascender la botella. Quizá necesite mucha paciencia y un gotero pues es difícil dar con la relación exacta de aire y agua.

Los peces usan la vejiga natatoria con una precisión suiza para llegar a equilibrarse. Lo submarinos pueden compensar con el movimiento y los hidroplanos la tendencia a flotar o hundirse, pero en modo inmóvil no es fácil (hoy sí con la electrónica). Los *unterseeboot* alemanes de la Primera Guerra Mundial si estaban sumergidos e inmóviles tenían un problema serio apenas lanzaban un torpedo pues al perder peso salían a flote como un corcho -donde eran sumamente vulnerables- si de inmediato no compensaban con lastre el peso perdido del torpedo.



Fisiología subacuática

Aprovechando que agarré pista pedadógica y solicitando venia, también es fascinante el comportamiento del cuerpo humano cuando se introduce en las profundidades. Sumergirse reteniendo el aire en los pulmones debe ser tan ancestral como nadar. Existen referencias de buzos de perlas en Mesopotamia desde hace 6.500 años mientras que en las antiguas Grecia y Roma la recolección de esponjas era entonces muy difundida. De la Edad Media se mencionan rescatistas de objetos valiosos de los numerosos pecios o embarcaciones hundidas, así como a los recuperadores de anclas y cañones, los buzos saboteadores de cascos, etc. Todas estas proezas a pulmón.

De las Islas Salomón se documentan *googles* o visores primitivos tallados en madera, con lentes hechos de caparazón de tortuga pulido hasta quedar

translúcidos. Las aletas del célebre De Corlieu se patentaron recién en 1930, aunque Leonardo Da Vinci ya concebía unas manoplas de nado que más parecían alas de murciélago. La máscara que cubre ojos y nariz y el tubo *schnorkel* (nombre tomado del alemán, y que designa al respiradero mecánico que emergía de la torreta de los submarinos de guerra, junto con el discreto periscopio) para respirar en posición horizontal, no tienen más de cien años de inventados. Salvo los materiales y los ajustes de diseño, la concepción básica del equipo de apnea no ha cambiado mucho. Lo que tampoco ha cambiado es la fascinante respuesta del cuerpo humano a la inmersión subacuática, lo cual es obvio pues el equipo sigue siendo el mismo.

El agua tiene condiciones particulares: prácticamente no se comprime cuando se le aplica fuerza, a diferencia de los gases que lo hacen a la menor presión. Su conductividad térmica es 25 veces mayor que el aire, de manera que te enfría o acalora mucho más rápido. A tres grados centígrados a la intemperie puedes aguantar algunas horas; en el agua solo unos minutos. Genera resistencia ante el avance (*drag*) la cual aumenta exponencialmente con la velocidad, de modo que un cuerpo que duplica su velocidad encuentra una resistencia cuadruplicada. Contra el *drag* luchan nadadores y ciclistas, de él se aprovechan los aviones para sustentarse y los meteoritos pequeños para desintegrarse.

Igualmente el agua filtra las longitudes de onda de la luz y los colores se van perdiendo según la profundidad: a diez metros se van los rojos, más abajo los amarillos y verdes y los últimos en desaparecer son los azules. Esos tonos azul - lila que se ven en mares tropicales a partir de los treinta metros con equipo de respiración autónomo o *scuba* son de una belleza única.

También refracta la luz y cuando esta pasa de aire a agua varía ligeramente el ángulo por el cambio de densidades. Los objetos que vemos bajo el agua

con máscara cruzan densidades distintas: la del agua y la del aire de la máscara; y eso confunde el procesador de imágenes en nuestro cerebro y hace que los objetos se vean 25% más cerca de lo que realmente están (lo cual explica mi ingenuo disparo en el callejón del pináculo) y que se perciban un 33% más grandes de lo que realmente son.

Además de estas particularidades, conviene detenerse en una de la cual se derivan muchas cuestiones interesantes para el buceo: su densidad. El agua es muchísimo más densa que el aire y consecuentemente pesa muchísimo más. Un metro cúbico de aire tiene un peso casi imperceptible, pero uno de agua pesa una tonelada. Situados a nivel del mar, todo el aire de la atmósfera que tenemos encima y nos rodea y que tiene una altura de casi mil kilómetros (aunque en los once primeros se concentra el 75% del aire) ejerce una presión importante cuya medida es un *bar* o, como se conoce también, una atmósfera. Al sumergirnos, el peso del agua genera también su propia presión y a diez metros de profundidad ya equivale a un *bar*, de modo que a esa escasa profundidad tenemos un *bar* del peso atmosférico al que se suma otro *bar* por el peso del agua. Ya van dos *bar*. A unos veinte metros de profundidad, ya son tres *bar* (o atmósferas), comprimiéndote por todos lados. A eso se denomina presión hidrostática.

En una jornada de pesca de un par de horas probablemente se lleven a cabo unas cuarenta inmersiones. Eso resulta en cuarenta comprimidas y descomprimidas en una especie de masaje masivo que lo deja a uno en estado sicotrópico por saturación de endorfinas, además de un impulso irresistible de irse a dormir por narcolepsia severa. Das positivo, pero con la conciencia limpia.

Como estamos hechos en un 75% agua y dado que los líquidos prácticamente no se comprimen, la presión hidrostática lo hace en nuestros espacios de aire, tales como cavidades sinusales, oídos, abdomen y pulmones. Esa compresión del aire del oído medio es la que provoca

dolor si no se compensa adecuadamente con la maniobra que Antonio María Valsalva concibió en el siglo XVIII y que consiste en expulsar aire por la nariz mientras se obstruye las fosas de esta con los dedos.

Refiriéndome a los pulmones, con sus aproximadamente seis litros de capacidad, son los grandes espacios de aire de nuestra anatomía. Y vaya si se comprimen: a 22 metros de profundidad esos seis litros se reducen a menos de dos (puntualmente, 1.875 litros). Si esto lo asocian con lo que expliqué anteriormente sobre la flotabilidad de los peces, lo que nos ocurre a esa profundidad es que al achicarse nuestra caja torácica en cuatro litros desplazamos menos agua pero como seguimos pesando igual, nos vamos a pique al fondo, como una piedra.

Los profundistas profesionales aparecieron en la década de 1960 con los emblemáticos Enzo Maiorca y Jaques Mayol. El primero logró superar los cincuenta metros de profundidad, a pesar de las advertencias científicas que ello era imposible fisiológicamente pues se pensaba que los pulmones colapsarían provocando la muerte. Cinco años después, esa marca fue superada por Mayol al alcanzar los sesenta metros. Esa rivalidad -llevada ficcional y bellamente al cine en Azul Profundo de Jean Luc Besson- continuó por más de veinte años.

Sobre la película, emociona la escena inicial en que Mayol realiza pruebas de inmersión en altitud en una laguna ubicada en La Raya, en el límite entre Cusco y Puno. La película es del año 1988 y Mayol contribuyó en el guión. Tiene algo de trágica premonición pues al final él desaparece voluntariamente en las profundidades. En la vida real tristemente se suicidó en el 2001, en medio de una grave depresión.

La competencia de profundismo se puso creativa y riesgosa, incluyendo la *no limit* que consiste en bajar asido de un peso y subir con la ayuda de un globo. Mayol llegó a superar la mítica frontera de los cien metros

en 1983. La rivalidad fue continuada ya a otro nivel por Umberto Pelizzari y Francisco “Pipín” Ferreras.

Progresivamente fueron desarrollándose distintas modalidades, con atletas capaces de llegar a marcas difícilmente imaginables. En apnea estática (en donde el competidor flota sin moverse con el rostro dentro del agua sin respirar); 11 minutos con 35 segundos. En buceo de distancia en piscina con *monofin* (una sola aleta en la que se calzan ambos pies y se emplea con aleteo tipo delfín, desde la cadera); 300 metros. Con dos aletas; 250. Peso constante (subir y bajar con el mismo peso, sin despojarse de plomos o nada, lo que demanda más esfuerzo); 115 metros. Y en la de *no limit*; 214 metros de profundidad.

Si los pulmones se comprimen a un tercio a los 22 metros de profundidad, cuesta imaginar lo que ocurre más allá de los 200. La presión es tal que los ojos no son capaces de soportar la compresión del agua en el pequeño espacio de aire de los *googles* de modo que se les llena previamente de un líquido. Y todo el aire pulmonar virtualmente se agolpa en una cámara pequeña en la glotis. Las técnicas de preparación son muy sofisticadas, como el llamado *packing* que consiste en meterse a los pulmones tres litros de aire adicionales a los seis usuales con una sucesión larga de “bocados de aire”.

La disciplina del yoga es también elemento fundamental en este deporte pues desarrollando el factor mental y espiritual es posible incidir voluntariamente en complejos procesos fisiológicos que se presentan de manera natural y automática. Por ejemplo, el reflejo mamífero o *mammal reflex*. Así como un recién nacido coge con sus deditos apenas siente algo en su mano, o acerca su boca hacia donde se le toca una mejilla o levanta los brazos si se siente caer un poco (que son reflejos que vienen digamos “de fábrica”), el *mammal reflex* consiste en que apenas nos sumergimos el ritmo cardíaco se reduce significativamente, se produce una vaso

constricción periférica para concentrar la sangre en los órganos internos (corazón, pulmones y cerebro), se relajan los músculos, se ralentiza el metabolismo y se contrae el bazo. Todo ello a fin de reducir el consumo de oxígeno y la producción de dióxido de carbono.

Todos estos procesos son involuntarios y controlados por el sistema nervioso central. Los profundistas indirectamente desarrollan con el tiempo y constancia la capacidad de influir en ellos. Algo mencioné antes sobre el control voluntario del sensor de dióxido de carbono ubicado en la *medulla oblongata*.

Debido a la vasoconstricción periférica mencionada, la circulación y presión en la aorta se incrementan. Los riñones reciben vía hormonas un aviso de este fenómeno y retiran el exceso de fluidos de la sangre, más aún si el agua es fría, y toda esa orina se acumula en la vejiga que genera que uno orine constante (y gratificantemente) dentro del traje de buceo. Ese líquido que se pierde debe ser repuesto continuamente, de modo que es importante hidratarse bien antes, durante y después de la jornada de inmersión.

Un aspecto que mencioné en la lista de riesgos probables y que nunca he tenido, pero he presenciado a poco de ocurrir, es el llamado apagón de agua superficial. El *shallow water blackout*. Frente a una inmersión en apnea de duración excesiva y superior al límite propio, se llega a la hipoxia o falta de oxígeno. Lo curioso es que el mencionado apagón se presenta justamente en el proceso de emerger y a pocos metros de la superficie. De allí lo de aguas superficiales en la designación del fenómeno. Las causas son complejas se asocian con el rápido retorno masivo de sangre de la zona central a la periférica (justamente en el descenso la sangre se volcó al revés; de la zona periférica a la central) que deja al cerebro con baja irrigación. El cerebro consume el 30% del oxígeno que respiramos y es hipersensible a la falta de suministro.

Sobre esto último cabría señalar que los testimonios de que en la hora final nos vemos en un túnel con una luz al fondo que nos conduce a la bóveda celestial, pareciera se deben más a la reacción confusa de un cerebro suboxigenado al límite, chisporroteando erráticas señales eléctricas. De otro modo, muchos debieron ver en lugar de la luz la aterradora inscripción de las puertas del infierno que nos describió Dante Alighieri en La Divina Comedia: “Vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza.”

La hipoxia se debe también a que el ascenso provoca además una rápida reducción de la presión parcial de oxígeno que impide el intercambio de oxígeno en los alveolos pulmonares. No me queda claro si son los dos factores a la vez o solo uno. Sea como fuere con uno basta, pues ambos generan un abrupto corte de suministro de oxígeno al cerebro que tiene el efecto de una bajada de la llave general de luz. Literalmente lo que llamamos un apagón. Las consecuencias son la súbita pérdida parcial de conciencia y la incapacidad de controlar el sistema motriz y sensorial. Se manifiesta con sacudidas de la cabeza, movimientos incontrolados de miembros (el apodo de estos estertores es *samba*, como los bailes brasileros) y respiración intermitente. El cuerpo en su último esfuerzo defensivo activa un espasmo de la laringe a fin de cerrarla y evitar el ingreso de agua. Es imperativo sacar al apneísta fuera del agua, ya que de otro modo estará perdido. Los equipos de apoyo trabajan mucho en los márgenes de seguridad y están especialmente preparados para enfrentar estas situaciones.

Lo curioso y peligroso de este riesgoso evento es que, como indiqué antes, se produce a pocos metros de la superficie, en los últimos cinco o tres metros, cuando el buzo prácticamente concluyó su inmersión. Además, ante la inminencia del apagón, el cuerpo dispara endorfinas para evitarse el sufrimiento y crea una falsa sensación de bienestar exultante. De modo que el protagonista transita al más allá exultante y pletórico, como si estuviera en Woodstock viendo a Santana tocar Soul Sacrifice, mientras que los suyos escucharán el Réquiem de Mozart. No vale.

El buceador no debe sumergirse muy lastrado, porque si bien facilita el descenso y la llegada al fondo sin esfuerzo, demandará uno mayor en el ascenso. Con poco peso, en el ascenso el cuerpo progresivamente adquiere flotabilidad positiva y alcanza la superficie prácticamente solo. Tampoco debe hiperventilarse, exagerando las respiraciones previas a la inmersión pues realmente no extienden la apnea y más bien pueden descalibrar el sensor de dióxido de carbono. De otro lado, es muy importante estar siempre muy atento de sus propias capacidades y saber reconocer tempranamente las señales de riesgo. Conocer también los aspectos fisiológicos para ser conscientes de los eventuales engaños de los sensores que retrasan el anuncio de la necesidad de respirar.

Finalmente, tener clara la consigna que ninguna captura justifica un riesgo, mucho menos perder la vida. Como sostiene el escalador madrileño Ramón Portilla, cuando los montañistas enfrentan mal tiempo: “Cerca de la cima siempre hay mil excusas para bajarse y una sola razón para subir”.





Párroco de Cancas

Hicimos varias expediciones al norte para bucear plataformas y bajos en ese mar tropical de grandes animales. Por alguna razón la Go Pro mental no me grabó todo, quizá porque eran viajes con la familia y allí aprovechábamos, de manera secundaria o complementaria, las escapadas de pesca. Igual tengo imágenes en la memoria de pescas de fortunos, que aparecen rodeándote con curiosidad hasta que uno paga pato frente al arpón del cazador, de modo que la curiosidad no solo mata gatos.

También de los sonidos de los golpes de cola de los merazos (¡tun, tutún!) y de cantos de ballenas, de unos muriques grandazos quietos en el centro de una plataforma y yo indeciso y temeroso de meterme entre los fierros para acercarme y dispararles, para finalmente cabrearme y no correrme riesgos.



En esas salidas nos cruzábamos con frecuencia con una divertida banda de jóvenes pescadores a compresora, liderada por un inefable que más que jefe del grupo parecía el pirata al mando. Aparecían por todos lados, navegando raudos de plataforma en plataforma, con una compresora a gasolina peligrosamente sub estándar: el tubo de admisión de aire que iba a la manguera de respiración estaba junto al tubo de escape del motor y se veía como el humo del segundo se metía al primero. El pobre buzo respiraba (por supuesto sin regulador, manguera a la muela nomás) más monóxido de carbono y aceite quemado que aire, y cuando de otros botes les pasaban la voz que el pescado andaba por otro sitio, arrancaban sin aviso remolcando al compañero sumergido a quince brazas que se enteraba por el tirón a la mandíbula. Todo esto a constante son montuno, cantando alegres ritmos tropicales, haciendo de baldes y latas timbales y congas, riéndose incansablemente y burlándose del que veían, clavándoles apodos obscenos y advertencias que en su casa los adornaban.

Párroco de Cancas

Al acercarnos, aún a precavida distancia, sin darnos cuenta ya teníamos a bordo a dos o tres de estos que más parecían monitos de organillero -ágiles, traviesos y ladinos- rebuscando nuestras cosas, probándose la máscara aquí, mordisqueando el *snorkel* allá (- ¡Mira, blandito! -decían), poniéndose un guante e intentando cargar un arpón apuntando irresponsablemente a su compañero. Había que tenerles un ojo encima por si se tomaban algún recuerdo. Cuando nos seguían en lancha experimentaba el drama persecutorio del Capitán Phillips.

También recuerdo las entradas por Puerto Pizarro para navegar hasta la Isla del Muerto y buscar La Burbuja, legendario punto de pesca ya en aguas ecuatorianas, que nos tomaba horas encontrar los benditos globitos, aparte de navegar algo nerviosos porque rondaban los piratas binacionales.

Un último episodio fue protagonizado por Blue Eyes, amigo nuestro aficionado al cordel y el arpón, quien nos acompañó a una de las



expediciones al norte. Luego de una faena de pesca recalamos en el muelle de Cancas y mientras sacábamos equipo y pesca del bote, aprovechamos para cambiarnos allí mismo. Al sacarse el *wet suit*, Blue Eyes tenía puesta una minúscula trusa tipo tanga (técnicamente conveniente en el buceo para el debido estibado y asegurado del mobiliario perineal) de colores variados, exóticos e intensos, y aunque de baja estatura exhibía una atlética y muy bien proporcionada figura, y que sumado a unos ojos de un azul intenso y forrado de tupido pelaje por pecho, espalda, brazos y piernas, como que tenía su pinta el muchacho. Visto del otro lado del mostrador, debía ser lo que se llama un símbolo sexual masculino, o un macho alfa o una de esas denominaciones.

Al poco rato escuchamos a cierta distancia unos discretos silbiditos y luego aplausos que fueron *in crescendo*. Un grupo de señoronas locales que estaban eviscerando pota en el muelle, todas de amplia sonrisa, generosas caderas, voluptuosas curvas, andar quimboso, acento zumbón y con cuchillos en mano, alababan el atractivo de nuestro compañero, haciendo comentarios subidos de tono, pidiendo que le dejemos a nuestro compañero en Cancas, que si no teníamos otro igual, que entre todas lo ponían al día y que en una semana le quitaban la cara de tierno que tenía. Todo esto entre risotadas entre ellas. Si por allí algún pescador que era marido o hermano de una de ellas las llamaba a la cordura, le llovían insultos, improperios y amenazas (- ¡No me hagas hablar, oye tú! -le gritaba airada una), que el pobre pisado bajaba la cabeza y se quedaba calladito.

A todo esto Blue Eyes ya andaba morado de vergüenza, lo que encendió aún más las calenturas de las pescadoras que subieron el calibre de los comentarios. Todo el muelle era un completo hervidero de risotadas. Al salir y pasar junto a ellas, a fin de seguirles el juego y evitar un eventual secuestro, inventamos la excusa que nuestro Blue Eyes era en realidad un hombre de Dios, un sacerdote dedicado a la severa observancia de los votos de pobreza, obediencia y castidad y que era probable que nuestra Santa Iglesia lo asigne

precisamente a Cancas para revelar la verdad divina y alejar a hombres y mujeres del pecado, en cualquiera de sus modalidades.

Por un momento creyeron el cuento expresando desazón, pero pescaron la broma al tiro y celebraron la ocurrencia, apostando que en el pueblo en una semana el cura colgaba la sotana, que contra el pescado, el erizo crudo y una lambada apretada no hay voluntad que resista ni célibe que se mantenga y que si caía en pecado, menos pregunta Dios y perdona. Además, siempre cabe el arrepentimiento postrero para escapar de las llamas del infierno. O para mantener el puesto en la arquidiócesis.

En el camino de regreso, Blue Eyes encajó con correa nuestro montón de bromas adicionales que le tocó en su condición de hipotético cura. Lo que sigue se sitúa en algún puesto fronterizo entre memoria e imaginación. Ni yo mismo puedo asegurar si parece real o ficción y no tengo modo de aplicar mi rigurosa advertencia dada en la bienvenida.

Sea como fuere, me la juego y continúo. El pescador de fortunos pasó a buscar fortunas en otros pecios y se volvió pescador de almas. Cogió los hábitos, pasó de novicio a ser ordenado sacerdote y fue asignado por la Prelatura de Tumbes a la Parroquia de Cancas. El atractivo clérigo puso al pueblo de vuelta y media y desde el púlpito hablaba del amor al prójimo, del pecado (como que ambos vienen juntos) y de la compasión y la solidaridad. De verbo intenso y persuasivo, cual Savonarola redivivo, advertía de las perversas inclinaciones a gulas, lujos, lujurias y vanidades con las que el maligno esconde sus artes y llamaba al recato, el decoro y la abstinencia, términos que cerca de la línea equatorial no se entiende bien qué significan. Sus ceremonias llenaban la iglesia de fieles los domingos, aunque no las arcas pues el rebaño se golpeaba el pecho compungido, aunque no metía mano al bolsillo para dar limosna.

Las magras colectas no lograban solventar mínimamente los gastos

eclesiásticos, de modo que el párroco se las ingenió y empezó a visitar, de incógnito y detrás de una bien elaborada máscara del Zorro, las chinganas y chongos de los alrededores, para haciendo de *stripper, pole dancer, coyote ugly* y otros meneos, entretener a las parroquianas que le dejaban -allí sí- generosas propinas colocadas justo debajo del ombligo. Algunas desenfadadas entregaban hasta diez soles en billetes de cincuenta y rebuscaban por mano propia el vuelto en el punto de entrega. En fin, el párroco salía con la bisectriz abultada tanto por el volumen de la colecta como por el efecto del manoseo por el cambio.

La idea funcionaba y la iglesia de Cancas retomó el esplendor perdido: pudo reponer velas, ventanas y losetas, pintar el atrio y darle un par de manos de barniz marino a la escultura de San Martín de Porres, cuyo color se había desvanecido por la brisa marina y cada día se parecía más a Michael Jackson, al extremo que los feligreses no sabían si rezarle al santo o pedirle que baile Moonwalker. Incluso organizó unos desayunos para los niños del barrio. A la vez que el pueblo celebraba su nuevo espacio litúrgico, los misterios de este anónimo y sensual personaje del Zorro era motivo de especulación, rumor e intriga. Por lo pronto, varias de las integrantes del Comité de Damas Pro Sacristía de San Isidro Labrador (que no era pescador pero era casado, y eso acomodaba mejor), se habían incorporado desenfadadamente al Club de Fans del Zorro Rasputín de reciente creación pero explosiva expansión.

El párroco de Cancas pudo mantener oculta su secreta identidad y extender su misión pastoral. Además, ningún voto dejaba de ser observado. Mantenía su pobreza personal, obedecía el designio del Señor de dedicarse a servirlo y cumplía -con esfuerzo, eso sí- el juramento de castidad. Todo fue bien por algo más de un año, hasta que en unos de sus *shows* nocturnos donde presentaba su nuevo número Zorro Sin Cadenas, fue reconocido por una de las señoras del muelle que lo identificó por la minúscula trusa y los fulgurantes ojos azules. - ¡Ajá! - se dijo esta. - El Zorro y el párroco son la misma persona. ¡Esta es la mía!

Lo interceptó discretamente a la salida de la chingana, lo condujo a un lugar aparte y le hizo una propuesta directa:

- Tres votos son muchos, Padrecito. Le canjeo uno por mi silencio. Y no tema que con dos se conforma Dios.

El párroco tragó saliva y respondió: -De acuerdo, pero ¿puedo elegir yo el voto?

La interrogada sonrió y con un guiño le respondió: - ¡Claro, papacito!... , siempre y cuando sea el que ya elegí.

No se supo más, pero por dos años el *show* del Zorro se siguió presentando desde Caleta Cruz hasta su originario Cancas, pasando por Zorritos, Bocapán, Punta Mero y Canoas. Luego desapareció y se habló en adelante de la leyenda del sacerdote que cambió el hábito por el otro hábito.








PIZARRO

Anatomía de una ballena

Por Alfonso Chávez

Call me Ismael

Sunset de agosto en Punta Sal.

Con esfuerzo me animé a bajar a la playa a ver los colores de la tarde. Los dolores todavía estaban muy presentes y seguía con el collarín que me mantenía inmovilizada la cabeza para recuperar los ligamentos dañados. Una mujer rubia de unos sesenta años caminaba acercándose como queriendo meterme letra, así que con un breve gesto la invité a hacerlo.

- ¿Eres Alfonso, el de la ballena? -preguntó con interés. - Me gustaría hablar contigo. Soy especialista en *reikk*i y creo poder ayudarte.

Yo a esas alturas no sabía si aquella extraña palabra era un plato chino o una nueva religión. En todo caso yo era un completo escéptico al

esoterismo y demás terapias alternativas a la medicina convencional, pero decidí escucharla. Me habló bonito y parecía genuinamente interesada. Jhoan era una australiana que vino al Perú de vacaciones, se enamoró de este rinconcito del norte, encontró pareja y decidió quedarse por tiempo indefinido. La gringa rápidamente me envolvió con sus artes y terminé en lo que sería mi primera sesión de terapia.

Era junio y andaba por Piura en viaje de visita de trabajo a los vendedores de la costa norte. Habían pasado pocos meses desde la muerte de mi viejo y esa salida, manejando solo por la Panamericana Norte, me permitía abstraerme y que mi imaginación volase, siempre acompañado de buena música afrolatina, una de las aficiones que compartía con mi papá. Mi viejo era fanático de la salsa, tanto que poco después de su partida encontré en su auto un maletín con claves, cencerros y maracas con los que armaba la rumba acompañado de sus amigos todos los miércoles cuando iban en busca de huariques por el norte y el sur chico.

Era viernes, terminaba con el último vendedor y me iba a dormir a Punta Sal para aprovechar el fin de semana. Lo dejé en su casa y enrumbé, no sin antes sobreparar pasando el puente de Sullana para admirar esa pintura de paisaje que de allí se aprecia, comprar miel de abejas y un par de refrescantes pipas en los puestitos de la salida.

A las cinco de la tarde el sol ya se ocultaba y hacía más pesado el recorrido. Manejaba cansado pero atento, con el entusiasmo que los buzos siempre tenemos el día previo a la jornada de pesca. Llame a Ángel, mi maestro y guía en estas lides, para ver si se animaba a acompañarme, pero había viajado a Lima, así que llame a Rosendo, su hermano menor, y como era costumbre a esas horas seguía en plena faena y no pude hablar con él.

Decidí entregarme a la carretera en esa ruta mágica en la que los paisajes se van convirtiendo de quebradas y laberintos desérticos a misteriosos bosques

secos. No me preocupé en averiguar las condiciones del mar, cosa que nunca dejamos de hacer los pescadores submarinos. Ya estaba ahí y la reciente llegada de ballenas jorobadas en su ruta migratoria aseguraban una jornada que de seguro sería emocionante.

Entre los meses de junio a octubre se pueden ver estos cetáceos en el norte del Perú, procedentes de sus migraciones desde el sur. Esta es una época en la que casi en todas las inmersiones se escuchan sus cantos que dicen llegan hasta más de treinta kilómetros. A veces son tan intensos que da la impresion que en cualquier momento aparecerán al lado, aunque nunca tuve la suerte de ver uno bajo el agua. En la superficie es posible acercarse algo, pero tienden a alejarse discretamente.

Se sabe que tienen buena memoria y viven más de setenta años. Aún existen ejemplares que fueron perseguidos por las flotas balleneras, de manera que cualquier ruido de motor les es sospecha de muerte. Con las restricciones de su caza, las más jóvenes empezaron a explorar nuestras costas con mayor confianza, encontrando en los mares de Piura y Tumbes aguas cálidas con condiciones perfectas para su apareamiento y reproducción permitiéndonos verlas con sus crías, emergiendo a la superficie ocasional y violentamente, por razones que no se saben con claridad, en espectaculares saltos con giros aéreos conocidos como *breachings*.

Llegué a Punta Sal cerca de las nueve de la noche, llamé a Jorge, hábil pescador de Cancas que siempre me acompañaba en las jornadas norteñas y quedamos en vernos a las seis de la mañana en la playa para explorar las muriqueras de la zona: aquellos laberintos rocosos y pasadizos de arena donde merodean los meros de esa variedad.

La pesca submarina entre Piura y Tumbes es muy distinta a la que se practica en el resto del Perú, en donde se bucea con muchas referencias

visuales: cerca de la costa, en puntas o islas con rompientes rocosas, arrecifes visibles o entre derrumbes de acantilados que terminan en el mar. Aquí se bucea un poco a ciegas, en medio del mar y siguiendo la guía de los locales que tienen "mapeados" los arrecifes con marcas que logran triangular entre los cerros y objetos de lo más peculiares como antenas, elevaciones de terrenos, tanques de agua, árboles, bombas de petróleo y todo lo que pueda servir de referencia estando en el mar. Esto les permite identificar el lugar donde se ubica el arrecife. Pero ahí no termina la técnica: los balseros más sofisticados se pegan el mango del remo al oído como si fuera un estetoscopio para que según la intensidad del sonido saber qué tan profunda está la piedra... - ¡Aquí revienta durisisísimo! -dicen con su peculiar acento. Ya por estos días la cosa ha cambiado a precisos GPS que hacen menos divertida e interesante la búsqueda las muriqueras, el refugio del más preciado pez, tanto por su sabrosa carne como por la dificultad que representa su captura.

Me encontré con Jorge según lo previsto en la orilla de la playa y entramos sorteando olas en un pequeño bote para luego subirnos a la panga que usaba para estas faenas. Nos fuimos directo a la muriquera de los Mimbela, apellido que todo buzo conoce por las míticas historias de pesca submarina que Ángel y sus hermanos protagonizaban en la costa norte del Perú y los monstruosos meros que cazaban. La inspiración de estas historias y el sueño de encontrarme con estos Leviatanes en las profundidades me llevaron directo y sin escalas a establecer una segunda residencia en el norte.

Me cambié rápido y luego de ubicarnos bien en la muriquera entré al agua. La piedra se escuchaba "reventar" muy fuerte y la visibilidad era muy buena, se notaba el perfil de la roca en su punto más alto desde la superficie. Hice unas cuantas respiraciones rítmicas y profundas, casi meditando mientras veía pasar por la superficie, frente a mí, chocas y sierras que me rodeaban. - Buena señal -pensé. Cerré mi último ciclo de

respiración, golpe de riñón y listo... ya estaba en mi otro mundo.
Los arrecifes de Punta Sal son quizás los más coloridos y biodiversos de nuestra costa. Los cambios de temperatura provocados por la Corriente de Humboldt y la Ecuatorial permiten por temporadas encontrar tanto especies de aguas frías como tropicales. En el descenso fui buscando la pampita de arena al costado de la roca donde les gusta rondar a los meros y, como era de esperarse, mi descenso estuvo acompañado por el cercano canto de una ballena.

Aterricé en el fondo y me mantuve quieto mientras marotillas y berrugatas pasaban a mi alrededor. Seguí esperando mimetizado entre piedras, corales y arena hasta que vi aparecer a lo lejos unas cabezas grandes y oscuras que venían acercándose sigilosamente. Eran unos muriques que venían curiosos a ver qué o quién se posaba camuflado en la arena, pero un sonoro canto de la ballena los asustó y ¡pum, pum! se retiraron, con ese sonoro golpe de cola que los caracteriza y que denota la territorialidad de esta especie. Era el momento de mantenerse quieto así que quemé los últimos segundos de aire cuando uno de ellos volteó y me dio el flanco a rango de tiro. ¡Tuc! sonó el disparo. Vino la pelea con el animal que luchaba enérgico por encuevarse y que pude controlar con algo de dificultad por el poco aire que tenía en los pulmones.

Los siguientes descensos fueron muy parecidos, era una mañana especial, la conexión con el mar por los recuerdos de mi papá y el canto de las ballenas me metieron en estado meditativo, no había más pensamientos; vivía el momento divagando con el canto de ballenas retumbando en mi pecho y *flashbacks* de pasajes de pesca con él. De pronto el sonido del canto de una ballena se volvió tan fuerte que lo sentí invasivo, nunca lo había percibido así, como si estuviera gritando y pidiendo ayuda. Fue allí cuando decidí subir al bote para ver qué pasaba.

Jorge me señaló al animal que reposaba a menos de veinte metros y





también a otro que se veía un poco más lejos y parecía estar en problemas. - ¡Alfonso, hay una ballena enredada en una red! -me dijo. - ¿Una red? -me sonó raro. Cerca de la ballena había dos balsillas de pescadores; nos acercamos y confirmaron nuestra sospecha. El inmenso cetáceo se había llevado de encuentro una red enorme y la tenía enredada por todo el cuerpo. De su cola colgaban corchos y plomos que se veían en la superficie. Era una ballena jorobada. Estaba tranquila; casi no avanzaba, pero la marea la estaba acercando a la orilla y esto provocaría inevitablemente su muerte. Me detuve un momento a pensar, un animal de treinta toneladas, enredado y asustado, debía ser peligroso, pero no podía mantenerme indiferente. Me había ganado el pleito y tenía que tomar acción e intentar ayudarla.

Uno de los pescadores de la balsa se ofreció a ayudar. Lo subí a mi bote y analizamos la situación, había que tener mucha cautela y entender que nuestra presencia podría no resultar amigable. Entendimos que si nos aproximábamos por el costado, por más que se pusiera nerviosa, no

estaríamos en riesgo dado que por el volumen de su cabeza y cuerpo no los puede mover con rapidez. De hecho, la única área de riesgo era la zona de la aleta caudal, esa poderosa estructura con la que navega y es capaz de impulsar al cielo su gigantesca masa.

La cosa se veía complicada. Tenía la red enganchada en la cabeza; además una pectoral amarrada al cuerpo y luego un gran rollo de red en la cola. Nadé hasta hacer contacto visual. Su enorme ojo me observaba entre suplicante y resignado. - Tranquila ballenita, que vengo a ayudarte -le dije mentalmente. Mi lenguaje corporal era fluido y respetuoso, sin sobresaltos ni reacciones rápidas, traté que estuviera cómoda con mi presencia y me sentí aceptado. Regresamos al bote y tomamos un par de buenos cuchillos para empezar nuestra tarea de rescate.

Luego de este contacto preliminar noté un ligero abrir y cerrar de ojos, como dándome pase, así que puse mi mano en ella. Era la primera vez que tocaba un animal así; se sentía con la energía quebrada por la situación, su piel era más suave de lo que me había imaginado y tenía laceraciones por todos lados. Se notaba que había venido arrastrando esa red desde muy lejos.

En la parte frontal de la cabeza, justo encima de la mandíbula superior, tenía todo un ecosistema adherido: picos de loro de distintos tamaños, pequeños y variados moluscos, algunos parecían percebes, parásitos de amplia variedad, cangrejitos, todos en perfecta simbiosis entre ellos y su gran hospedador. Me quede observando la complejidad de este gigantesco animal. Entre sus mandíbulas se dejaban entrever las cerdas de sus barbas con las que filtran sus alimentos y un poco más arriba estaba el agujero del lomo que desde fuera se ve como un simple hueco, pero en realidad es un complejo órgano respirador con membranas que se abren y cierran en cada una de sus inmersiones y ascensos.

En ese momento, tocándola y sintiendo su respiración agitada desde tan

cerca, pude entender lo parecidos que éramos. Ella habiendo pasado por un complejo ciclo evolutivo que la llevó del mar a la tierra y luego un retorno de la tierra al mar. De ser el temido monstruo marino de las fábulas de Jonás y Moby Dick a ser el animal más noble y amado del océano; y yo representando al bípedo terrestre teóricamente dotado de inteligencia superior que viene exterminando el planeta, cazador de estos inmensos animales por todos los mares del mundo para beneficiarse de su grasa. Ambos con sistemas respiratorios similares, reteniendo la respiración para sumergirnos. Yo pensando en cómo ayudarla, absorto por su anatomía, ella atrapada, confundida, con una herencia de persecuciones ancestrales que permanecía en su subconsciente y que la hacían mirarme con recelo.

Salí de mis reflexiones como quien despierta de un sueño y empecé a enfocarme en el trabajo de desenredar al animal, había que trabajar con la delicadeza de un cirujano ya que una mala pasada de cuchillo podía cortar su piel y quien sabe cómo reaccionaría. Empezamos por su mandíbula, paso a paso y con mucho cuidado liberábamos cada hilo enredado en sus protuberancias; nos desplazábamos “rampando” por ella acompañándola en sus ascensos a la superficie para respirar y en sus inmersiones para conservarse fresca y bajar la temperatura corporal. Después de largos minutos, logramos quitarle toda la red de la cabeza, tanto así que pudo entreabrir la boca dando señales de sentirse menos angustiada.

La ballena se mostró más confiada así que pasé a cortar la red de la aleta pectoral. Estas enormes extremidades de más de cuatro metros le proporcionan balance y dirección y contribuyen a los fantásticos giros aéreos que mencioné. Verla intentar abrirlas sin poder lograrlo era una escena dramática, secuestrada por la torpeza y ambición del humano.

Volví a descender para continuar, este espacio era más retador porque había que sumergirse; una cosa era bajar y fondearte inmóvil y mimetizado en la arena en modo ahorro de oxígeno para esperar a los meros y otra bajar a

tratar de cortar una red sin hacerle daño al animal. Los segundos de apnea se iban volando y solo había avanzado unos centímetros, pero no había otra alternativa. Seguí avanzando hasta que logré cortar la soga que le generaba mayor tensión.

La sensación de libertad que la vi experimentar cuando soltó su aleta fue única. Por unos segundos pareció plena su liberación, pero esta no era completa y solo pudo avanzar unos pocos metros. El peso de la red en la cola era su principal y mayor obstáculo.

Entré nuevamente para seguir retirando la red, teniendo ya liberada la cabeza y las aletas pectorales. La red salió con facilidad del resto del cuerpo y pude cortar rápidamente el paño enganchado en la aleta dorsal literalmente trepado sobre su lomo fuera del agua. En ese momento sentí que el animal había entendido que estábamos allí para ayudarlo. Me encontré con la giba que tienen detrás de la dorsal que le da el nombre de jorobada y que se ve más pronunciada cuando hacen la inmersión. Su piel lucía bien por esa zona así que seguimos avanzando hasta la caudal donde quedaba una gran bola de red con nudos, plomos, corchos y una soga gruesa que daba varias vueltas en el cuello de su cola. En ese momento quedé solo en el agua pues ya llevábamos más de una hora en el trabajo y mi amigo Ronald, el pescador, no contaba con el equipo adecuado para mantenerse tanto tiempo en acción.

A pesar de que solo quedaba la aleta caudal atrapada, la ballena no podía desplazarse. La caudal es su motor, su propulsión y sin esta no tiene como avanzar. La cosa se veía difícil al ser una zona incómoda y el trabajo debía hacerlo debajo de la aleta; volví a acercarme para mirar la complejidad de los nudos y observar mejor esa parte de su cuerpo.

La cola tenía como diez vueltas de soga con malla envuelta, plomos colgando y varios corchos flotando. Me quedé observando la inmensidad de la aleta caudal... era enorme. Los huesos que le dan la estructura lateral parecían

rieles de tren, el cuello de la cola era casi del ancho de mi tórax y tenía laceraciones profundas que hacía que la soga de la red estuviese hundida en su carne y medio oculta. Daba lástima el estado en el que se encontraba. Por momentos me puse en su lugar y pude imaginar lo doloroso y desconcertante que podía ser estar en esa situación.

Me quedaba claro que en el momento de soltarle la cola iba a reaccionar de manera explosiva al sentirla libre pero pensé que podría anticiparme a cualquier reacción. Evalué el tema por un buen tiempo para saber cómo abordarla. Ya tenía como hora y media cortando sogas; estaba cansado, con el antebrazo entumecido y empuñaba el cuchillo con menos firmeza, pero a su vez con la sensación de que no podía dejar de continuar.

Corté los paños sobrantes y logré pasar un cabo por una de las vueltas de la soga del cuello de la cola para que Jorge, quien apoyaba desde el bote, templara desde allí y pudiéramos tener mayor tensión para seguir cortando las vueltas de la soga. En una de las pasadas golpeé mi pierna levemente contra el hueso de la cola de la ballena y me dolió mucho, como si me hubiera dado un canillazo contra una columna de fierro.

Al avanzar, la labor se fue complicando. La ballena comenzó a reaccionar al sentirse más libre, tenía más movilidad y se le notaba ansiosa. En mi cansancio intenté comunicarme con ella buscando que me entienda, ella estaba impaciente y yo tratando de darle calma, pero no funcionó.

Su respiración empezó a hacerse más agitada y los intervalos en los que se sumergía más cortos. Los resoplidos generaban un sonido diferente, extenuante. Ambos perdimos un poco el ritmo y la fluidez del trabajo; ella desesperada por liberarse y yo cansado pero animado por sentir que estaba a punto de salvarla. La imaginaba libre de la red disfrutando de su libertad y eso me daba la energía para continuar.

El trabajo iba terminando, las últimas dos vueltas de la soga resultaron muy difíciles de cortar. La parte alta se enterraba en su piel y se hacía imposible cortar; por abajo la soga hacía un pequeño seno que permitía meter el cuchillo pero yo quedaba en zona de peligro expuesto a su gran aleta caudal, así que entré con cuidado. La soga tenía el grosor de mi muñeca y no se cortaba en una sola inmersión, razón por la cual tuve que bajar unas diez veces. La confianza y el cansancio hicieron que me relaje y dejé de tener el mismo cuidado que al inicio.

No sé cómo paso, pensé que tenía todo bajo control y el proceso seguiría sin sobresaltos. De un momento a otro me vi envuelto en una turbulencia que parecía el revolcón de una gigantesca ola. La máscara salió despedida de mi cara. Debieron ser unos pocos segundos que resultaron eternos en los que me vi envuelto en esta masa de agua sin control. Casi a punto de perder el conocimiento, se me activó esa instintiva medida de seguridad de los pescadores submarinos de soltar el cinturón de plomos para posibilitar





la salida a la superficie. Intenté desabrochar la hebilla, pero me di cuenta que no podía moverme. Había perdido la movilidad de mis extremidades. Quedé cuadripléjico por segundos, no entendía lo que pasaba y pensé lo peor. Literalmente ví el cintillo de The End en versión trailer.

De un momento a otro, una especie de reimpulso eléctrico invadió mis piernas y brazos y me permitió moverlos y desabrochar el cinturón. En mi siguiente recuerdo me vi tirado, no sé cómo, dentro del bote. No podía moverme y escupía sangre. Jorge me había visto emerger y me subió a bordo de un jalón, evidentemente con la adrenalina a mil pudo con mis más de noventa kilos de peso.

El panorama resultaba complicado, con el cuerpo medio anestesiado trataba de sobreponerme mientras tosía sangre. - Pulmones colapsados -fue lo primero que pensé. No me llevaría mucho tiempo ahogarme en mi propios fluidos pero estaba consciente y había que tomar acción, no había cabida

para dramas. Pedí mi celular y llamé a Lima; la primera persona a la que se me ocurrió llamar fue a Javier, mi tío y compañero de mil aventuras de mar. Era su cumpleaños así que de seguro no sería un buen regalo, pero no respondió. Llamé a Lucho, mi colega de trabajo, el que lo resuelve todo, y le conté brevemente la situación para que organice mi evacuación a un lugar donde pudiera recibir apoyo.

Lo que siguió fue una cadena de personas cercanas del balneario que facilitaron mi llegada a una clínica de Talara donde me esperaba una señora angelical e inolvidable, vecina de Punta Sal, que me dijo que no me preocupara por nada. Me inmovilizaron por si tenía alguna lesión medular y el operativo para evacuarme a Lima entró en marcha. Me subieron a una ambulancia en la que fui acompañado de una cuadrilla de enfermeros curtidos por el sol. Parecían pescadores que en su tiempo libre se dedicaban a la enfermería o enfermeros aficionados a la pesca. El trayecto fue tortuoso pero permitió conectar un vuelo a Lima en camilla para llegar a una clínica de la capital donde entre pepas, pastas y otros postres terminé mi viaje con la tranquilidad de que los pulmones estaban bien y lo que tenía era un daño múltiple de los ligamentos y músculos del cuello que afortunadamente se recuperarían con terapia y descanso en algunos meses. La historia clínica decía textualmente: “Desgarro de trapecio y ligamentos del cuello por aletazo de ballena”. Parecía broma.

Vuelvo al presente y ahí estaba con Jhoan, en medio de una catarsis, arrugado emocionalmente sin saber por qué. Había quedado en mí una suerte de frustración por no haber logrado salvar a la ballena -o al menos no me constaba si sobrevivió- y además por haberme expuesto sin pensar en la cadena de afectados si algo terrible me pasaba. Fue allí cuando comprendí que hay situaciones que están destinadas a suceder. Lo que yo hice fue lo que mi naturaleza me impulsó a hacer y no podía ser de otra manera. Son momentos donde solo existes tú, la situación por resolver y hay que decidir.

Quedaban las últimas luces del día y todavía se lograba distinguir a lo lejos algunos buzos regresando a la orilla con la pesca de la tarde. Suelo acercarme a ellos, mis colegas y amigos, a preguntarles cómo estuvo la faena. Ese día justo frente a mí se varó Rosendo, mi hermano del mar. Lo vi salir con dificultad. Llevaba mucho peso encima; se sacó las aletas, se me acercó extendiendo la mano y me entregó el cinturón de plomos que solté para salir a la superficie y salvar mi vida, el cual había encontrado hacía unos momentos. Tener el cinturón de vuelta tuvo un significado simbólico para mí, como un mensaje de agradecimiento del mar y la ballena.

Antártica

A modo de despedida, cumplo con lo que anunciara en mi bienvenida de incluir una breve semblanza de los exploradores antárticos. Advierto que no tengo del todo claro por qué lo hago. La explicación más cercana es -en corto- porque conociéndolas te quita en una lo quejoso. En tiempos en los que victimizarse de las contrariedades más nimias de la vida se ha convertido en un atributo, el antídoto para esta debilidad de carácter está justamente en conocer los trances que pasaron otros. De hecho, para problemas mayores existen antídotos mayores. Hay quien dice que para paliar la infelicidad propia basta con observar la ajena. Un proverbio árabe refiere de una persona que se quejaba porque no podía comprarse zapatos, hasta que conoció a un hombre que no tenía pies.

Sin llegar a tanto, las incomodidades por soportar el frío de las aguas marinas

o el esfuerzo por superar los pasos cordilleranos, me resultan insignificantes (y hasta avergonzantes) cuando las contrasto con las penurias por las que pasaron combatientes, escaladores, expedicionarios o exploradores. De modo que conocerlas me resultan energizantes. Exploradores hay muchísimos, pero los del Polo Sur del principio del siglo XX ocupan una jerarquía especial en mi sagrario personal. Tenerlos en mi mente para enfrentar no solo dificultades y retos físicos sino también, y por sobre todo, los personales, me han servido de sólida fortaleza.

Por un instante acompáñenme al año 1914. En la frustrada Expedición Imperial Transantártica de Ernest Shackleton, donde pierde el Endurance atrapado y destrozado por los hielos y se refugia con toda su tripulación en la remota Isla Elefante. Sin posibilidad alguna de pedir ayuda, decide navegar en el James Caird, un bote salvavidas de seis metros de eslora, cubriendo las casi mil millas que lo separaban de las Georgias del Sur en uno de los mares más salvajes del mundo, con oleajes por encima de los quince metros, fortísimas ráfagas de viento con aguanieve y hielo formándose sobre el casco y aparejos, desequilibrando la embarcación, por lo que era necesario arrancarlo constantemente a hachazos.

Sobre ese mar Charles Darwin había navegado en 1833 y escribió "... el espectáculo es suficiente para hacer soñar a un hombre de tierra durante una semana entera de muerte, peligro y naufragio."

Shackleton se hizo acompañar por Frank Worsley, capitán del Endurance y experto navegante, Tom Crean que rogó ser parte del grupo, el carpintero McNeash y dos marineros particularmente fuertes; John Vincent y Timothy McCarthy.

De este último, Shackleton escribió: "Es la persona más irreplimiblemente (*irrepressible* fue el término que utilizó) optimista que nunca haya conocido. Cuando lo dejo al mando del timón, con el bote congelado de hielo y con



agua que no podíamos purgar, me informaba con una sonrisa: - ¡Es un gran día, señor!"

Los llevo ahora un poco antes. En 1911, dos personas emprendieron una de las más fascinantes competencias por llegar a un punto aún inexplorado en el planeta: el Polo Sur. En ese tiempo, el hombre había llegado a poner el pie en prácticamente todo el globo...excepto la Terra Australis Incognita. Constituía el objetivo de exploración más cotizado, no solo por el reconocimiento y la fama consiguientes, sino también porque permitía reclamar el territorio para su nación. En 25 años, 16 grandes exploraciones habían sido organizadas, muchas de ellas buscando llegar a este punto remoto, -el paralelo 90- pero fracasaron por el clima hostil de vientos y temperaturas extremadamente bajas, por las enormes distancias y por la absoluta soledad. Un espacio repelente, infinito y desafiante.

Al cabo de tantos intentos, la carrera por alcanzar el Polo Sur se convirtió en una protagonizada por solo dos hombres. El noruego Roald Amundsen

y el inglés Robert Falcon Scott iniciaron simultáneamente sendas expediciones. El primero era un experto explorador, obsesivo en el rigor metodológico y físico de la exploración. Ya desde niño dormía con las ventanas abiertas de su habitación para habituarse al frío. El segundo era un capitán de la marina británica, especializado en torpedos, que ya había explorado la Antártida en un intento previo de llegar al polo y a quien la convicción por llevar la presencia británica a donde le fuese ordenado le dotaba de una determinación inquebrantable.

Los retos que ambos enfrentaron fueron uno a uno superados echando mano a su fortaleza más relevante, cada quien a su modo. Por un lado, Amundsen poseía un profundo conocimiento de la exploración y su asombrosa capacidad logística llegaba el extremo de calcular cuántos perros de trineo debía sacrificar en el camino para reducir el transporte de alimento, a la vez que con ellos alimentaba a los otros perros. Aprovechó toda su experiencia acumulada, se rodeó de las personas mejor entrenadas y fue preciso en el cálculo con tal de alcanzar el objetivo a como diera lugar.

Por otro lado, Scott poseía una voluntad y una tenacidad que no se arredraba ante la necesidad de arrastrar -él y su equipo, personalmente y durante todo el trayecto- los trineos pues los caballos que llevaron para ese fin no sobrevivieron a poco de empezar la misión. Se negó a ceder en muchas cosas, entre ellas, por ejemplo, a usar perros o a prescindir de las personas en las que más confiaba, sin importar su grado de preparación física para la empresa.

Después de 57 días y 1.500 kilómetros de recorrido, Amundsen y su equipo llegaron al Polo Sur. Dejaron allí una señal y emprendieron el pronto retorno, llegando sanos y salvos al Fram, su barco salvador en la costa antártica. Aunque más salvos que sanos..., varios de los miembros de su equipo mostraban quemaduras por la prolongada exposición al gélido

viento, niveles de ceguera por el blanco resplandor solar y agotamiento. De los 52 perros que llevó, solo trajo de vuelta 11.

Scott y sus acompañantes, en cambio, llegaron al polo 33 días después de Amundsen, exhaustos, y sobre todo frustrados al ver las señas que dejó este en el punto exacto del Polo Sur, entre las que se encontraba una carta escrita por el propio Amundsen que dejaba constancia de su arribo. Para entonces, Scott ya estaba retrasado en su cronograma de retorno y, a punto de empezar el invierno antártico, el clima cambiaría a peor en breve.

Arrastraron en silencio los pesados trineos, cortos de provisiones, por momentos perdieron la ruta y enfrentaron vientos helados con nieve que impedían la visión más allá de unos metros y, aunque decepcionados por no llegar primeros al Polo Sur, continuaron decididos por igual a llegar a casa. Al final, una terrible tormenta los inmovilizó dentro de sus carpas por varios días. Sin alimentos y a solo un día de camino de su depósito de mil kilos de provisiones, uno a uno fue falleciendo de cansancio, frío e inanición, escribiendo cartas de despedida a sus familias.

Amundsen tuvo éxito por su capacidad de planear, anticipar, calcular, contabilizar, equipar, reclutar, controlar e implementar. Combinando estos atributos con una tenacidad mental y física extraordinaria y un liderazgo firme construyó su éxito. Sus acciones fueron absolutamente consistentes con su único objetivo: llegar antes que nadie al Polo Sur. No existía un solo factor que lo distrajera de su misión.

Scott, por su lado, competía para llegar primero al polo, pero a la vez realizaba investigaciones del clima y recogía muestras de minerales (parte del peso de su equipaje arrastrado en sus trineos eran muestras de rocas recolectadas en el camino). Su equipo era en buena parte científicos (no atletas, como los de Amundsen), declinó usar perros pues detestaba la idea de sacrificarlos -aunque tuvo que hacerlo con los caballos-, y, en el último

tramo al polo eligió a sus amigos más cercanos, no a los que estaban en mejor condición física como hizo Amundsen.

Las desventuras de Scott apenan pero se no puede, en cierta medida, evitar increparlo por sus tantas incoherencias, sus tantas inconsistencias. Demasiados objetivos simultáneos incompatibles: ganar la carrera, hacer investigación científica, quedar bien con los amigos, no maltratar animales... todas esas concesiones producto de no enfocarse solamente en su objetivo central, le pasaron una costosa factura. Amundsen tuvo un solo objetivo: llegar primero. Y siendo absoluta y rigurosamente consistente con él tuvo éxito. Ese es nuestro cerebro racional.

Sin embargo, surge nuestro cerebro emocional, que se pregunta: ¿qué debiéramos valorar más?, ¿el logro efectivo y concreto o la energía y voluntad puesto en el objetivo? Para buena parte de los que conocen la historia, la enorme admiración que nos genera Amundsen termina siendo superada por la fascinación que produce Scott. Admiración es apreciar cualidades juzgadas como extraordinarias; pero la fascinación es otra cosa; es una atracción irresistible, trascendente. Es una categoría muy superior. Si Amundsen ganó y Scott perdió, ¿por qué este último atrae magnéticamente y hace vibrar? No es por un sentimiento de solidaridad con el perdedor, tampoco es por subestimar el enorme esfuerzo de Amundsen.

Cuando juzgamos a estos personajes más de un siglo después, se les ve a ambos positivos, vibrantes, líderes, significativos; pero el espectacular logro de Amundsen de colocar la bandera de su nación en la Terra Australis Incognita fue superado por el logro de Scott de situar la bandera de la voluntad del hombre en el corazón de la humanidad, gracias a su persistencia y tenacidad. A pesar de los problemas, nunca dio marcha atrás, ni en el logro de sus objetivos ni en la determinación que contagió a su equipo y con lo que consideraba correcto hacer. Fue absolutamente

consistente, coherente, alineado, durable, estable, sólido y persistente más con su esfuerzo que con su propósito.

Y si piensa así no crea estar solo en sus sentimientos: Amundsen es para los noruegos su explorador más emblemático; pero para los británicos, Scott es un héroe. Estas ambivalencias están presentes en la mente humana. La malograda misión a la luna del Apolo 13 con Jim Lovell, Jack Swigert y Ken Mattingly, que culminó en un espectacular autorrescate, fue reconocida como un fracaso exitoso. Al corazón lo cautivan los heroísmos más que los logros, se conquiste o no el Polo Sur, se alcance o no la Luna o se logre salvar o no una ballena.

Exactamente el mismo día que concluyo mis relatos veo en las noticias que una expedición internacional acaba de dar con los restos del Endurance, a tres mil metros de profundidad en el Mar de Wedell. Por la ausencia de microorganismos que carcomen la madera, el barco se encuentra “en brillante estado de conservación, orgulloso y en posición”.

Al igual que el espíritu de Sir Ernest Shackleton en los abisales de mi ser.

Lima, marzo 2022.



Créditos fotográficos

FOTOS CORTESÍA DE MARIO LUIS CORVETTO LÓPEZ
Páginas: 18 - 19 - 20 - 47 - 56 - 59 - 64 - 65 - 96 - 104 -105 - 106/107 - 149 (foto superior)

FOTOS CORTESÍA DE ALFONSO CHÁVEZ MURO
Páginas: 35 - 48 - 49 - 50/51 - 68

FOTOS PAUL REMY OYAGUE
Páginas: 24 - 34 - 41 - 54 - 71 - 82/83 - 94 - 100/101-113 - 119 - 124 - 126 - 128/129 - 138/139 - 149 (foto inferior) - 152 - 153 - 158 - 159 - 166/167 - 168 - 173 -174 - 181 - 186/187